

Cuestiones de Bioética

Marciano Vidal

Bioética.

Ed. Tecnos.

Madrid, 1989, 239 págs.



Este libro del profesor Marciano Vidal va a convertirse, ciertamente, en un texto obligado de consulta para todo aquel que se interese por el tema de la Bioética, sobre todo porque ha sabido superar la limitación material que representa este tipo de obras, y porque ha expuesto un cúmulo de datos y reflexiones de vital importancia. La visión es amplia, aunque no completa, y tal vez forzada por la necesidad de sintetizar, lo que perjudica la conexión entre las sucesivas afirmaciones que hace el autor. No se trata de un trabajo vulgar ni de un manual, y no habría que descartar la posibilidad de que los neófitos se vieran desbordados por el exceso de información.

Entre otras cosas le debemos al autor el haber recopilado en un solo escrito una docena de temas directamente relacionados con la Bioética, esto es, ni están vinculados exclusivamente con la ética en sentido estricto, ni con la ciencia positiva, engrosando así la parca bibliografía que sobre la Bioética en general hay publicada en el país. Marciano Vidal se ha atrevido a dar cobijo a esos temas cuyo trato, mayoritariamente, ha sido aislado y monográfico. Desgraciada y paradójicamente, el mayor enemigo de su libro, y en general de cualquier escrito sobre la temática, será el progreso de las ciencias biomédicas, porque, sin duda alguna, aparecerán nuevos conflictos que no se ven reflejados en la obra de este autor. Su trabajo, por otro lado, nos lleva a una reflexión del progreso técnico en la biomedicina y, además, consigue que esa actualidad, reflejada en su contenido, atraiga aún más al lector, a

la vez que hace de la Bioética una disciplina plenamente actual.

En los dos primeros capítulos ya aparece el esquema básico de su toma de posición respecto al tema, orientando así al lector sobre qué derrotero seguirá la exposición-argumentación, a la vez que introduce el tema central sobre el que pivota la Bioética, a saber, el *valor de la vida humana*. Es obvio, pues, que para M. Vidal se trata de un debate entre quienes respetan la vida, coincidiendo así con Daniel C. Maguire, que hace la misma reflexión al referirse a un tema próximo como es la eutanasia (1).

El profesor Vidal apunta acertadamente cuál es el origen y la razón de ser de la Bioética: Ética (y Derecho) deben aceptar la realidad de las prácticas biomédicas que están emergiendo del progreso técnico y científico (el autor habla expresamente de «sensibilidades y valores» y de «prácticas médicas»). Esto es, a las nuevas prácticas biomédicas se les asigna un valor, lo que arroja a la dramática elección cuando los valores asignados entran en conflicto. Se esmera en fijar esta idea cuando habla de la «interdisciplinariedad científica» de la Bioética —lo que nosotros denominamos *lectura gótica de vidriera*—, expresión que utiliza también para evitar el error de convertir a la medicina y a la biología en el único tribunal de las decisiones bioéticas.

El «mínimo moral común» del que habla el profesor, es decir, su «ética civil», tiene resonancias pa-retianas, en la medida en que rechaza como no válido, como no moral, aquello que se encuentre por debajo de ese óptimo. La legitimación de este nivel mínimo proviene de la «racionalidad humana» y del «consenso social». Coincidimos plenamente en ver como un peligro evidente el desgajamiento de la Bioética de la ética (la Bioética nace del conflicto de valores): de los mismos estamentos científico-técnicos no pue-

de surgir la valoración de las prácticas biomédicas, sino que éstas deben empararse de ese «mínimo moral común».

El mayor problema con el que topa la exposición de M. Vidal es que el contenido del «mínimo moral común» no podría ser fiel a la Historia si no invirtiera previamente los términos y viera, tristemente, como lo que él denomina excepciones son en realidad la norma, y viceversa, la norma del *valor y el respeto de la vida humana* se convierte en la excepción. Parece, pues, que respecto a los valores citados tenemos que ser «aprioristas», porque si hemos de guiarnos por el «mínimo moral común», cuyo contenido, según afirma M. Vidal, es «el patrimonio socio-histórico de la colectividad», el no respeto a la vida humana podría acabar siendo la norma. La opinión del profesor es que la «ética civil» debe dotar a la Bioética de la facultad de discernir entre la «humanización» y la «manipulación», esto es, entre lo racional y lo irracional, entre el valor y el desvalor, respectivamente.

Cuando critica, por ejemplo, la ambigüedad del valor de la vida humana, acepta un «desplazamiento» de tal valor, porque lo que hace algunas décadas era ciencia ficción, caso de la FIV (fecundación «in vitro»), duramente denostada sobre todo a raíz del nacimiento del primer bebé probeta, en 1978, hoy día se asimila plenamente y el conflicto no aparece ahora en la práctica en sí, sino en la decisión sobre quién debe y puede acceder a la FIV, y quién no.

Frente a la citada ambigüedad, M. Vidal presenta una ética que tiene como valor fundamental la vida humana, pero matizando que este valor no es absoluto, y que, en tanto que valor, está sometido al «juicio preferencial», esto es, que puede entrar en conflicto con otros valores, en cuyo caso el intuicionismo axiológico parece manifiesto. Para su planteamiento es fundamental el clasificar a la Bioética como rama de la Ética, y el paradigma al que la subordina es el de la *Ética civil*.

A lo largo de todo el libro se aprecia la contraposición del va-

(1) C. Maguire, D.: *La muerte libremente elegida*, Sal Terrae, Santander, 1975.

lor de la vida humana con otros valores nacidos o no de la práctica biomédica. Pero, ¿por qué la Bioética debe basarse en el valor de la vida humana? La presente obra del profesor Vidal contiene la respuesta. Sin embargo, no consigue hacer creer al lector que tal valor es y ha sido el valor supremo para el hombre, pues basta con revisar la Historia. También, sin tener en consideración el resto de los escritos del profesor, y juzgando sólo el contenido de la obra que nos ocupa, el lector puede añorar una definición positiva de *vida humana* y dudar, además, de que ésta tenga el mismo trato cuando se habla del aborto, de la eutanasia o de la FIV. Quizá sea tal añoranza el reflejo de la realidad bioética, es decir, su enorme complejidad, en tanto que su contenido proviene de las prácticas biomédicas.

Esa complejidad de la Bioética es, sobre todo, el problema del *límite*. Esta disciplina no puede presentar ningún punto oscuro, ninguna fisura de la que se pueda agarrar y mantenerse parasitariamente alguna ambigüedad; de ahí que la tarea fundamental de la Bioética sea poner límites, discernir entre «manipulación» y «humanización».

A su juicio, las definiciones de vida humana representativas de la moral tradicional no nos sirven. Frases como: «la vida humana es un bien personal», «la vida humana es un bien de la comunidad» o «la vida humana es un bien recibido de Dios y que a Dios pertenece», son demasiado abstractas y están disociadas de una posible aplicación práctica; además, no tienen realidad, ni son categorías aplicables a realidades. En el caso concreto de la eutanasia no nos servirían para diferenciar entre cantidad y calidad de vida, entre vida vegetal y vida humana. Otra cuestión muy distinta es si tales definiciones nos pueden ayudar a la hora de decidimos en un conflicto de valores.

En mi opinión, la Bioética necesita categorías claras para poder limitar y encasillar las prácticas médicas. El enfoque que el profesor Vidal hace de la vida humana tiene una consideración más axio-

lógica que óptica, lo cual deja demasiado en el aire.

Finalmente, es nuestro deber insistir, de nuevo, en la importancia que tiene para la Bioética el valor de la vida humana, y añadir ahora el peso específico de la vida humana en cuanto tal. La justificación de este añadido se puede desglosar en una serie de reflexiones:

1. La necesidad de saber cuándo empieza y cuándo acaba la vida en el hombre para:

a) Poder distinguir, si fuera necesario, entre vida vegetal de un hombre y vida todavía propiamente humana y digna de ser vivida.

b) Tener un criterio a la hora de aplicar o no aplicar los llamados «medios extraordinarios» a un paciente terminal.

c) No caer en la contradicción de negar la exclusividad de la ciencia positiva para señalar cuándo empieza y acaba la vida, y, en cambio, sí aceptarla cuando se trata de determinar si hay o no hay esperanzas de vida.

d) Reconocer que la definición de muerte, como muerte clínica no es fruto de una especulación, sino de unas consideraciones de la ciencia positiva.

2. La necesidad de discernir que la ciencia positiva sólo debe ceñirse, en el caso que estamos examinando, primero a una definición lo más acertada y próxima de lo que es la vida. En el continuo devenir del progreso técnico-biológico, lo que hoy se considera como muerte, mañana puede alargarse un tanto más y las implicaciones jurídicas serían alarmantes, pues la inculpação de un asesinato dependería de los avances biotécnicos. Y segundo, que nunca puede ser encargada de dotar de valor a las prácticas biomédicas.

Así, confiemos en que lo que el profesor Vidal llama «razón eugénica» no devenga una obligación jurídica para tener que abandonar este mundo.

3. ¿Cómo podemos valorar algo que no sabemos lo que es? No sabemos cuándo hay vida humana y cuándo y/o todavía no la hay,

y tampoco sabemos si antes y/o después de esa vida humana (en tanto que digna de ser vivida) sigue habiendo vida, aunque no humana, pero sí somos capaces de dotarla de valor. Si este conocimiento es intuitivo, ¡muy mal se nos ha dado hasta ahora!

Casi al comienzo de su obra, el profesor Vidal toma un texto de P. Sporken («... resulta siempre atrevida —la tarea— de publicar un libro sobre ética médica en medio de semejante evolución. Todavía no pueden darse respuestas definitivas a los problemas que se plantean...»), lo que en alguna medida le habría impedido consecuentemente escribir una obra de estas características. El libro de M. Vidal, por tantas razones digno de ser leído, no ha tenido demasiado en cuenta la recomendación de Sporken que él mismo cita.

Alvar Álvarez Revilla

El retorno de la Gran Teoría en las ciencias humanas

Quentin Skinner, comp.

Alianza Editorial. Madrid, 1988, 200 págs.



N cuidada versión de Consuelo Vázquez de Parga, llega a nosotros el resultado de una serie de aportaciones sobre el tema que había codificado Wright Mills como una teoría sistemática de la naturaleza del hombre y de la sociedad. El compilador recuerda las afirmaciones del famoso sociólogo cuando entendía que tal teoría estaba más cerca de la imaginación que de la ciencia y, por ello, la combatía en aquel terreno. El escepticismo se prolongaba a otras zonas, y bien expresivo es el título de «final de la ideología» que fue lanzado por Daniel Bell. Una meditación sobre tales circunstan-

cias, explicada por Skinner en la introducción a nuestro volumen, fue lo que le llevó a proyectar la compilación aquí conseguida. Tras sus gestiones, nueve importantes estudiosos acometieron el trabajo, cuya primera edición tomó la forma de una serie de charlas en la radio. Las atenciones de la BBC permitieron lograr un conjunto coherente, y gracias a ella podemos gozar hoy de esta substanciosa e interesante lectura.

Tras la introducción de Skinner, nueve autores nos dan una suma de los saberes pertinentes. Ocho grandes figuras —Gadamer, Derri-da, Foucault, Kuhn, Rawls, Haber-mas, Althusser y Lévi-Strauss—, más un grupo relevante —el francés de los *Anuales*—, nos son explicados y situados por otros tantos estudiosos.

Hans-Georg Gadamer es expuesto al lector por William Outh-waite, profesor de Sociología en Sussex. La obra de aquel *Wahr-heit und Methode* nos explica una hermenéutica que bebe en la fuente de Heidegger, cuyo *Sein und Zeit* le hace destacar el texto que subraya la interpretación basada en el entendimiento. El conflicto de Gadamer con la hermenéutica tradicional puede elucidarse entre la universalidad y la historicidad. Su polémica con Emilio Betti ilustra el contenido de la aportación de Gadamer como metodología de la hermenéutica. También importa situar el sentido del vocablo entendimiento roto (*Verstehen*). Así, la filosofía hemenéutica de Gadamer trata del tipo de entendimiento que funciona en nuestro encuentro con una tradición cultural y nuestra participación en ella. En fin, la idea del diálogo adquiere importancia al abordar las distintas consecuencias de la consideración de las ciencias sociales y las ciencias naturales. En aquélla la teoría está impregnada de valores y es a la vez generadora de ellos.

Jacques Derrida es expuesto por David Hoy, profesor en California. Parte de una reciente pregunta del propio Derrida, sobre si los filósofos del futuro serán capaces de entender lo que sus antecesores presentes y pasados consideran tras el vocablo «representación».

La preocupación de Derrida incide en la interpretación: en la duda de que el texto recoja el mensaje. Ya es así expresivo que las alternativas a la teofísica tradicional tienden a permanecer atrapadas en el viejo vocabulario y en los viejos dilemas. Mina así la elaboración de las ciencias humanas, desafiando la idea del hombre. También en Derrida el eje problemático es hermenéutico. La de-construcción derridiana —subraya el comentarista— puede entenderse de acuerdo con la crítica que hace la hermenéutica del autoen-tendimiento metafilosófico de la epistemología tradicional, pero también como si llevara esa crítica a sus límites extremos y la aplicara también a la hermenéutica tradicional. Y esto le lleva a atender los procesos de indecibilidad y de diseminación.

A Michel Foucault lo comenta Mark Philp, profesor de Política en Oxford, quien se extraña de que su personaje se incluya en la serie: Foucault no es un constructor, sino un iconoclasta. No trata de ofrecer nuevas soluciones ni de darnos sugestivos relatos históricos; esto lo hace de pasada: lo que le interesa es criticar la forma en que las sociedades modernas controlan y disciplinan a sus pueblos, aceptando las pretensiones científicas y el ejercicio de las ciencias humanas. Las ciencias del hombre han subvertido el orden clásico del mandato político. Así, su aporte está ahí en la conversión del hombre en sujeto no sólo de las ciencias, sino del poder. El problema de la forma de pensar, tan distinta, por ejemplo, de la de los chinos, le hace comprender las diferencias impuestas por la historia, y de ahí arranca todo su proceso de reconstrucciones. Son nuestros compromisos conceptuales los que nos enmarañan toda nuestra existencia y nos impiden tener un verdadero conocimiento de las cosas. El poder entremezcla la realidad y hace surgir una verdad acorde con sus intereses. Llama a sus exposiciones «genealogías», y levanta su realidad frente a los discursos idealizados y totalizadores, pretende desmascarar el funcionamiento del poder... En

el fondo, sostiene que no hay un sujeto humano constante en la historia, que falta esa supuesta antropología filosófica que califique uniformemente la condición humana.

Thomas Kuhn, teorizante de la estructura de las revoluciones científicas (título de una obra publicada en 1962 y pronto estimada clásica), es visto por Barry Barnes, profesor de Edimburgo. Se trata —dice Barnes— de uno de los pocos historiadores de la Ciencia cuya obra es ampliamente conocida. Su *Structure of Scientific Revolutions* constituye punto de referencia rutinario para las discusiones concernientes al tema, probablemente por esa tendencia de los anglosajones a tener los pies en el suelo. Las dudas que plantea afectan al conjunto de nuestra problemática y en síntesis lo que puede llamarse el mito del racionalismo. Kuhn explica la estabilidad y el compromiso en la ciencia en términos sociológicos, por la existencia de potentes mecanismos de socialización y de control social. Ha de preguntarse así cómo se reemplazan y se descartan los sistemas establecidos. Para Kuhn la revolución científica se explica apoyándose en episodios históricos concretos. Entre los aspectos importantes advertibles en la historia de la evolución científica es rasgo clave la ausencia de cualquier justificación lógica e imperativa. Kuhn nos abre el camino de la superación de ciertas estrecheces mentales. No se trata de que la costumbre haya de sustituir al razonamiento, sino que éste sea visto como una actividad profundamente convencional.

Alan Ryan, lector de Políticas en Oxford, hace la anatomía del aporte de John Rawls. Sorprende la atención mostrada por tanta gente hacia el libro de Rawls sobre la justicia. Éste representa un vigoroso esfuerzo en el terreno de la filosofía moral y política muy sistemático y sutil. Se le ha considerado incomparable a cualquier otra obra de nuestro tiempo, y se ha pensado que sólo se puede parangonar a la de John Stuart Mili. Su impacto ha sido muy relevante en los Estados Unidos, y es así

explicable su posterior recepción en otras partes. Verdad es que los problemas que plantea y las opciones que ofrece tienen una explicación general, pues se refiere a los derechos de las personas en una consideración extensa y singularmente adaptada al tipo de liberalismo anglosajón. Es un libro —comenta Ryan— que nos pide que tomemos parte en un experimento mental: arreglar el mundo y sus instituciones sociales y económicas en compañía de otros cuyo consentimiento hemos de obtener. Sirve así a la Gran Teoría, al imponerse la tarea de la justicia sistemática y totalizadora partiendo de unos mínimos primeros principios.

Jürgen Habermas es explicado por Anthony Giddens, sociólogo de Cambridge. Ante todo, ve en Habermas a uno de los típicos teóricos alemanes pero con la adición de un propio esfuerzo para conectar con las corrientes británica y yanqui. Así ha logrado fama mundial en plena juventud y ha logrado difundir un sistema que se mueve en planos muy diversos con enfoque general enciclopédico. Se propone unir teoría y práctica en el mundo contemporáneo y convulso. Ante todo, le importa el fracaso de las prospecciones de Marx y la necesidad de ajustar el marxismo a nuestra cotidianeidad. Analiza, fundamentalmente, los cambios que se han producido en el capitalismo, así como las reservas que importa hacer a la filosofía positivista. Negando la existencia de un solo molde para todo nuestro conocimiento, ha sabido subrayar las interacciones simbólicas y la relación entre conocimiento e interés, e incluso el tema-eje de la comunicación con el ejemplo de la comunicación distorsionada. Otro gran aporte a la revisión del marxismo es el debilitamiento de la lucha de clases. En conjunto nos ofrece no sólo una problemática de cuestiones abstractas, sino un catálogo crítico de temas prácticos.

Louis Althusser nos llega de la mano de Susan James, profesora de Filosofía en Cambridge. Parte la autora de la situación de la teoría marxista en la Gran Bretaña.

Tras acallarse las heterodoxias por el estalinismo y dominar académicamente el liberalismo, a partir de los años sesenta, la Universidad británica recibe una oleada de textos marxistas europeos y entre ellos el decisivo de Althusser. En efecto, la revisión del pensamiento marxista —con sus insuficiencias— es un gran aporte. A Marx debemos una reflexión sobre el cambio social que puede ser visto no ya como materialismo histórico, sino como ciencia de la historia. No tanto los textos, sino los conceptos es lo que permite a Althusser. La contradicción y la no-contradicción se iluminan en Marx por una totalidad estructurada. Puede así verse que los cambios en la estructura social están superde-terminados por numerosas contradicciones. Se llega así a un cierto determinismo, pero no puede irse más allá. Y, en consecuencia, el esfuerzo althusseriano, más que una conclusión, es una invitación a seguir reflexionando. Sin duda, por ello, concluye Susan James, su obra ha tenido tan fuerte impacto entre los filósofos profesionales.

James Burn, antropólogo de Cornell, estudia la obra de Clau-de Lévi-Strauss. Parte de los *Tristes tropiques* para fijar ese primer descubrimiento de un lenguaje transhistórico e intercultural que caracterizará su obra entera. Ahí pinta todas las culturas como fracasos ante los ojos del destino, acercándose a las formas humanas como hechos sociales, valores consensuales o selecciones dialécticas semejantes a los lenguajes. Su investigación sobre los sistemas de parentesco —obra monumental y decisiva— supone un verdadero hito en la historia general de la teoría social. Consigue refinar abstracciones de reglas implícitas en el campo de las relaciones sociales. Su temática centraliza una proposición reiterada: las culturas codifican sus propiedades imaginando sus transgresiones. El comentarista analiza la textura de su obra completa. Gran ayuda le presta el libro sobre los mitos: éstos son a su significado como la música al sonido.

El último capítulo es, bien explicablemente, el que de modo

más directo me ha interesado. En él, Stuart Clark, profesor de historia en la Universidad de Swansea, hace un lúcido estudio del grupo de la revista *Annales*. Todos la reconocemos como decisiva en la interpretación de los hechos, en relación con las mentalidades y no solamente con los reyes o los héroes. A la historia propagandística, estimulada por todas las Coronas para lograr afirmarse como voluntades providenciales, ha seguido, gracias a los *Annales*, la presencia de los factores sociales y económicos. Clark no sólo subraya lo que representan, en ese grupo, hombres como Braudel, sino que reconoce sus antecedentes. *Annales* no es un principio, sino un desarrollo: ya habían estado en esa línea, los historiadores de Estraburgo, Bloch y Febvre. No olvidado, leídos con olor de tinta reciente, *Les rois taumaturgues*, de Marc Bloch, y *Leproblème de l'in-croyance au VIe siècle*, de Febvre. Y aún, quizá, sobre todo, el escrito postumo del primero, la *Apologie de l'histoire ou Metier de l'historien*. Cuánto hay ahí de lo que luego desarrollaron Braudel y su grupo. Pero acaso habría que hurgar más: no olvido de mis meditaciones histórico-jurídicas, frente a la consideración de las leyes —o de los libros de leyes, que es todavía menos— mi exigencia de incorporar la economía y el pensamiento. Me influyó un autor alemán, Hans Fehr, que venía pidiendo «más historia espiritual» («mehr Geistesgeschichte in der Rechtsgeschichte»). Tornando al principio, habría que terminar con una apelación a los mecanismos de acción sobre la opinión culta de los españoles. ¿Sería posible en nuestras segundas cadenas insertar temáticas semejantes? Porque todo lo que comentamos empezó siendo una serie de charlas en la radio dependientes de la BBC!

Juan Beneyto

Problemas en torno a un cambio de civilización.

Modelos de futuro, nuevas tecnologías y tradición cultural

Varios autores

Vol. 31 de «El Laberinto». Ediciones de Nuevo Arte Thor. Barcelona, 1988.

F

STE es el resumen del dos-sier preparatorio de las Primeras Jornadas Internacionales que sobre *Modelos de futuro, nuevas tecnologías y tradición cultural* se celebraron en Barcelona en noviembre de 1988 para conmemorar los veinte años del Mayo de 1968, convocadas por el Departamento de Antropología Cultural e Historia de América y África, de la Universidad de Barcelona, y por el «Equipo de Dinamización de Nuevos Modelos de Cultura y Sociedad», fundado en 1987. Al estar forzosamente sintetizados, muchos de esos trabajos pierden hilación y, consiguientemente, interés. Su variedad es, por otra parte, un tanto desorientador a. Muchos otros repiten temas, pero también, al hacerlo, los completan y perfilan. Así, por ejemplo, los relativos a nuevas tecnologías y nuevos enfoques para un cambio de civilización. Cuestiones como el etnocentrismo, las utopías, los ordenadores, aparecen una y otra vez. Y ello es lógico, pues pertenecen al meollo del Congreso, pero la sensación repetitiva es inevitable. Mis preferencias como lector se van hacia capítulos menos resumidos como los de Ga-raudy («El Islam como proyecto de futuro»), Ellacuría («Utopía y profetismo desde América Latina»), el sugestivo debate Japón-Europa, entre Isomura y Edgar Morin, y la dura crítica de Alain de Benoist sobre Bernard-Henri Levy, en «Cultura, monoteísmo y

politeísmo». Estos textos —sin olvidar el, para mi gusto, espléndido «Discurso numantino», de Fernando Sánchez-Drágó— son los que prevalecen en mi ánimo tras una completa lectura del volumen, hoy superado ya, seguramente, por las Actas que de las Jornadas se hayan publicado o estén —no lo sé— aún por publicar.

L. H. L.

Introducción a la economía para historiadores

G. Tortella

Ed. Tecnos. Madrid, 1987. (23 x 15,5), 192 págs.

IN tono desenfadado en ocasiones, pero muy correcto gramatical y estilísticamente, se exponen casi siempre con acuidad los principales temas que deben ser más familiares al historiador general, siempre según la opinión del catedrático alicantino. A veces, sin embargo, el tratamiento se resiente de una excesiva elementalidad como, *verbi gratia*, el de los ciclos económicos. Las ejemplificaciones son también, por lo común, muy atinadas, aunque se resienten, tal vez, de una excesiva referencia a la España contemporánea. Cierta apriorismo ideológico e igualmente una cierta hipertrofia del yo devalúan algo el rigor de los planteamientos, formulados en todo momento con irreprochable consideración hacia los historiadores generales, de cuyo oficio, empero, tiene el autor una idea acusadamente simple. Muy pocas erratas tipográficas. Bibliografía selectiva.

J. M. Cuenca

Desamortización, deuda pública y crecimiento económico en Andalucía

M. González de Molina

(1820-1823). Diputación Provincial de Granada. Fundación Paco Natera. Granada, 1988, 443 págs.

U

NA rica y contrastada documentación, fundamentalmente de naturaleza financiera y proveniente de los diversos archivos granadinos, constituye la sólida plataforma documental de esta ambiciosa obra, primitivamente tesis doctoral. La tesis vertebradora de todo el trabajo la constituye una ya adelantada por el autor en artículos y monografías previos —algunos en colaboración con el destacado investigador Miguel García Oliver—. En la región andaluza, y muy especialmente en la Penibética, el proceso desamortizador se redujo en gran medida a un mero relevo en los títulos de propiedad y con él a una multiplicación de las unidades de renta. En general, faltó espíritu capitalista y se echó en falta un plan de inversiones generalizado y audaz. Discutible en más de un punto, este libro viene a alinearse, en la más sobresaliente línea de los estudios sobre la desamortización hispana, en una de sus etapas más desasistidas hasta el presente de concienzudas aportaciones. Completa bibliografía.

J. M. Cuenca

El país vasco

José Miguel de Azaola

Instituto de Estudios Económicos, Col. «Tablero». Madrid, 1988, 461 págs.



ASCONIA y su destino es el título de una obra que José Miguel de Azaola comenzó a publicar en 1973 con un primer volumen dedicado a *La regionalización de España*. Tres años después se publicaba la segunda parte: *Los vascos ayer y hoy*, formada por dos tomos. La tercera y última parte estaba proyectada sobre el futuro de Vasconia, pero *Un mañana posible* se ha quedado sin salir. Ahora bien, Azaola ha puesto a nuestra disposición desde el año pasado un excelente trabajo, *El país vasco* —«destinado al público en general»—, en donde ofrece unas perspectivas de futuro basadas en planteamientos racionales, reflexivos y críticos sobre su realidad. «La única Vasconia auténtica es la que existe, y uno de sus rasgos más característicos es su propia y grandísima diversidad interna», dice en el epílogo.

Por Vasconia entiende la Vasconia peninsular, formada por Álava, Guipúzcoa, Vizcaya y por Navarra, y la continental, formada por la Baja Navarra, el Labort y la Soule. Los 17.682 Km² de aquélla sumados a los 2.962 de ésta no alcanzan a cubrir la provincia de Badajoz. Asimismo, un tercio de la población de toda Vasconia (950.000 bilbaínos) vive ocupando menos del 2 % de su superficie (372 Km² del «Gran Bilbao»). Esta tierra ha sido un *lugar de paso* muy frecuentado y tiene también una larga historia de emigración.

La vida cultural vasca se caracteriza en el presente por una «sed incesante de alegatos y autojustificaciones en la historia» que dan lugar a abundosas y sistemáticas interpretaciones extravagantes. Sin ninguna clase de complejos, José Miguel de Azaola Urigüen se

muestra partidario de dejar al nacionalismo en el perchero, *pero no al vasquismo*. En primer lugar, «el nacionalismo es en nuestros días una *ya vieja tradición cuyos esquemas hemos heredado* y se nos imponen con el peso de la inercia histórica, de modo que *hace falta* esforzarse para liberarse de ellos y *poder criticarlos y valorarlos en lugar de ser presa suya (...)*» (pág. 115).

Por otro lado, el nacionalismo vasco ha promocionado grandemente al vascuence, pero «los intereses de ambos no siempre han coincidido». Es más, «de la política al servicio del idioma, se ha pasado muy a menudo al idioma al servicio de la política», y ningún idioma está exento de poder llegar a ser instrumento de favoritismo, marginación y «clientelismo». Azaola afirma que el prestigio social de la lengua vasca ha sido *siempre* escaso, y recuerda que en la Edad Media no hubo «un cultivo escrito de la lengua vasca, con relación al cual el auge de la literatura eusquérica en el siglo XIX pueda ser llamado *renacimiento*». Ahora bien, «para sobrevivir es imprescindible que sirva de vehículo adecuado a las formas de vida, preocupaciones y mentalidad de la sociedad urbana». Y hay que contar con que «la riqueza dialectal del idioma plantea desde hace tiempo problemas serios para su enseñanza, su difusión y su cultivo; y hoy, lo que es aún más grave, para su sobrevivencia»; de hecho, existen no menos de seis dialectos y muchos más subdialectos, todos ellos con acentuadas divergencias. El establecimiento del *batua* parece necesario, pero su *consenso* es más que problemático. José Miguel de Azaola no es en absoluto partidario de enterrar santamente al vascuence ni embalsamarlo en ciencia, porque «el pueblo vasco sufriría en tal caso una mutilación espantosa que lo dejaría desfigurado. Al correr de la historia desde que entraron en ella, los vascos han vivido en el plurilingüismo». Hay que insistir en que el vascuence no es el único idioma propio —aunque sí el único *privativo*— de los vascos, y que el español tiene un profundo

sustrato vasco, como nuestro autor se encarga de patentizar.

A pesar de *que puede clasificarse* a no menos de un 60 % de la población vasca como *erdaldunes* —ni hablan ni entienden vascuence—, en los últimos años se ha producido un importante aumento del número de conocedores *superficiales* y hablantes *esporádicos* de la lengua vasca. Pero tampoco puede pasarse por alto el riesgo de deterioro de un idioma mal enseñado por personas que lo han aprendido «aprisa y corriendo». A este respecto, las *ikastolak* constituyen los centros de enseñanza de mejor calidad en cuanto al vascuence. No obstante, cabe objetar que en su gran mayoría están «fuertemente teñidos de partidismo político» y que los nacionalistas *de toda clase* los consideran «uno de sus baluartes más sólidos y el mejor de sus semilleros cara al futuro».

En el tercer capítulo de esta obra, «Formación de una sociedad moderna», se lleva a cabo un detallado y pormenorizado estudio demográfico, económico y político de cada una de las partes de Vasconia, emprendiendo un recorrido desde la entrada en el siglo XIX hasta nuestros días. La lectura de este libro, aun en sus secciones más técnicas, se hace amena y apasionante; sus páginas revelan un autor erudito y una persona franca e impregnada del estilo liberal, veraz y decidida al abordar *con conocimiento de causa* los asuntos que trata y que, además, manifiesta capacidad de diálogo con el lector. El capítulo dedicado a *Instituciones* es muy recomendable para quien quiera *formarse una opinión* sobre viejos y presentes litigios. En especial, se denuncia el escaso y deficiente conocimiento que se tiene de los regímenes forales, convertidos en verdadero cajón de sastre.

Sin más circunloquios, Azaola destripa el significado de palabras talismán como *autodeterminación* e *independencia*. Quienes reivindicaban aquélla proponen un referéndum *repetitivo*, de modo que si los vascos decidieran, en una primera consulta, seguir formando parte del Estado español (o del

francés), pudieran ser preguntados de nuevo al cabo de unos pocos años, y así sucesivamente mientras no se obtuviera el resultado apetecido, pero una vez logrado éste los referendums se acabarían, *ya no tendrían objeto*. En cuanto a la independencia, cabe señalar en qué condiciones y para cuándo la *quieren* quienes la *desean*. Cuántos de los que respondieran afirmativamente a la pregunta «¿Aspira Vd. a la independencia?» darían el sí a esta otra «¿Desea Vd. la independencia el primero de enero del año próximo?». Por eso, los partidos que reclaman el *reconocimiento* del derecho de autodeterminación dejan para un futuro impreciso la reclamación del *ejercicio* del mismo. Por eso también, el sector social que gira alrededor de ETA hace cuanto puede por «producir la catástrofe»; su única posibilidad de éxito es el trastorno completo y rápido de lo existente; la violencia y la sangre «embriaga a sus secuaces», especialistas en la agitación permanente con cualquier pretexto, en la presencia alborotada en la calle y en la persistente intimidación. Es obvio que el enderezamiento de la economía vasca peninsular no será posible sin la desaparición del terrorismo. Ahora bien, el espíritu cívico degradado y una violencia de *tono menor* perdurarán al fin de los terroristas de metralleta y goma-2, hasta que no se supere el cansancio, la desilusión y el escepticismo, y se consiga asentar una nueva mentalidad que permita recuperar el molde con el que se formaron los imaginativos hombres de empresa que poblaron esta tierra. Ansiosos por festejar el resurgimiento de nuestra Vasconia, hará falta que tras tanto despilfarro de esfuerzos y energías, se sumen los talentos de toda la comunidad al servicio de más nobles empeños.

Miguel Escudero

África en la encrucijada

Peter Scholl-Latour

Asesinato en el país del gran río. Un cuarto de siglo de independencia africana. Editorial Planeta. Barcelona, 1988, 348 págs.

EN la España actual escasean los reportajes de amplios vuelos. Libros como los que escribiera Manuel Chávez Nogales sobre los comienzos de la revolución rusa, o el de Ismael Herráiz acerca del fin del fascismo no han encontrado muchos seguidores en la literatura periodística posterior. A pesar del desarrollo, en ocasiones espectacular, de todos los géneros que hoy ofrecen las letras hispanas, los autores coetáneos no consiguen obtener la cifra de los estudios a que aludimos, tan cultivados en otros países, como Francia o Norteamérica.

La visión trazada por el periodista alemán, Scholl-Latour en torno al África reciente rebosa de fuerza descriptiva y firmeza documental. Hay, naturalmente, pintaladas pintorescas y viñetas un tanto turísticas, pero el nervio fundamental del drama en que se debate el continente negro, ante la actitud pasiva o impotente del resto del mundo, está recogido en toda su hondura y extensión en las páginas de su obra. La temática económica ocupará en ella un lugar predominante, pues no en balde África es, desde múltiples aspectos, la tierra por excelencia del denominado «Tercer Mundo». El planteamiento del autor no es muy optimista. Antes y después de la descolonización, antes y después de 1945 en Iberoamérica, los países ricos y desarrollados impondrán su dura ley a los pueblos subdesarrollados y no industrializados. La distancia entre el «Norte y el Sur», como también se denominan los dos polos de la economía mundial, no se reducirá con el tiempo, sino, muy por el contrario, tenderá

a ensancharse, en particular, por el crónico y progresivo endeudamiento de los segundos respecto a los primeros —nueve mil millones de dólares en 1955, cuarenta mil en 1967, ochenta mil en 1973—; todo lo cual acabará por concluir en una disminución sustancial de la transferencia neta de capitales de las naciones desarrolladas a las tercermundistas entre 1981, en que se registró la mayor transferencia, y los años ulteriores a 1985 —en éste la reducción alcanzó los 40.000 millones de dólares.

En el continente negro, los países descolonizados carecerán del capital necesario para las grandes inversiones que demanda la transformación de su agricultura extensiva y la puesta en pie de su inexistente industria. En 1985 se registrará una transferencia neta de capital hacia los países acreedores de cinco mil millones de dólares.

La estrategia puesta en marcha por los planificadores de los países tercermundistas a fines del decenio de los cincuenta —fechas en que la renta «per cápita» de tres quintas partes del globo apenas si llegaba a los trescientos dólares— para lograr en los años sesenta una tasa de crecimiento del 5 % y del 6 % en la próxima década consistió, fundamentalmente, en inversiones en los recursos inexplorados o insuficientemente cultivados, así como en la erección de algunas industrias básicas. Con realizaciones dignas de encomio en varios países y vertientes, el arbitrio más descarnado se apoderó en múltiples facetas de los proyectos de los planificadores del Tercer Mundo. Así ha sucedido varias veces en la India. En América Central, en México o en China pueden espigarse igualmente versiones indígenas de los «naranjos del Lago Balatón» que dieron título —y materia— a un sobresaliente análisis político de la pluma de M. Duverger.

Pero sin lugar a dudas, es África el continente de primacía indiscutida respecto a los errores económicos de planificadores y napoleones de opereta. Muchos gobernantes han azotado a los campesinos con impuestos destinados a actividades

urbanas privadas de la clase dirigente, disminuyendo la producción de alimentos, fomentando la destrucción de especies silvestres y provocando, en fin, la desertización y el hambre.

Según analiza pormenorizadamente el autor del libro glosado, en Zaire, a impulsos de trusts italianos, franceses y alemanes se dilapidaron cuantiosas inversiones en la central eléctrica de Inga, en el Bajo Congo, —conocido como una república africana del Ruhr germano—, cuyo récord se situó en la producción de mil cuatrocientos megawattios. Mas al margen de utopías y empresas descabelladas, el modelo seguido por la mayor parte de los países tercermundistas y, de manera aún más especial, por los africanos —en cuyo continente, insistentemente, está situado el grupo más numeroso de estos pueblos— fue el clásico de la industrialización simultaneada con la atención a la potenciación de la agricultura exportable. No tardaron en conocerse los malos resultados de esta imitación y darse un golpe de tímón. Antes de seguir una ruta más autóctona, el señuelo de la revolución china espejó ante la mirada de las élites dirigentes. Pero ninguna de estas naciones estaba regida por un Estado capaz, por su férreo y efectivo control, de movilizar a masas ingentes para sustituir con su inmensa fuerza de trabajo a las inversiones y el ahorro necesarios para lograr el «despegue». De ahí que —muy particularmente también en África— se atendiera de modo preferente en la nueva orientación al logro de la autosubsistencia, con retorno a las formas tradicionales de explotación agraria y a la puesta en marcha de pequeñas industrias absorbentes de una amplia mano de obra y muy diversificadas, con el fin de dar satisfacción a todas las demandas del mercado nacional, con escasos bienes y servicios que distribuir y muy atento a los gastos suntuarios de las minorías dirigentes, ávidas de preservar con ellos su *status*. Cualquier sospecha de un renovado tributo a las viejas economías del «pacto colonial» desaparecería así de manera espontánea y natural. La diversidad

agropecuaria suprimirá el nefasto régimen del monocultivo, cuya tación estaba sujeta a toda suerte de manipulaciones de las grandes compañías extranjeras.

El trato privilegiado recibido por la agricultura —abonos, especies de mayor productividad, pesticidas— ha dado resultados muy esperanzadores. Nada mejor para medir su alcance que la comparación entre la producción de los cultivos tradicionales del Zaire y Costa de Marfil —trescientos o quinientos kilogramos por hectárea— frente a las palmeras de aceite con rendimientos de tres a cuatro toneladas métricas. En el Camerún y Guinea las plantaciones de plátanos obtienen de cuarenta a cincuenta toneladas por hectárea frente a diez o doce. También en la ganadería se asiste a idénticos progresos, por la introducción de piensos compuestos, reservas de forraje para los períodos secos, mejoras de pastos, selección de especies, etc.

Por último, el nuevo modelo económico seguido por la mayoría de los países pobres africanos descansa igualmente en la potenciación de sus organismos comunitarios para lograr capitales que compensen la falta de ahorro interior, créditos preferentemente de los emiratos árabes y de los nuevos ricos del petróleo. La Organización de la Unidad Africana —OUA, creada en Addis Abeba en mayo de 1963— ha realizado en este plano trabajos y gestiones eficaces, con el fin de encontrar fuentes de financiación para el desarrollo de sus miembros que vengán a ser más que una sustitución o rechazo de las prestaciones y ayudas de los países desarrollados, una vía complementaria y, en algún caso, alternativa.

Importará insistir que será ahora cuando con mayor patencia se descubra la gran diversidad del mosaico de los países menos avanzados. En Chile, México, Argentina o la India, este modelo no se implantó en estado puro sino que se amalgamó con un ordenamiento económico-social menos lábil y flamante que el de los pueblos africanos y buena parte de los asiáticos. Aun que en buen número

de casos, los dirigentes de los países en vías de desarrollo se han reclamado herederos y representantes de un socialismo nacional —aquí igualmente el ejemplo africano es muy ilustrativo—, la fuerza de las circunstancias propias ha acabado por imponerse. Además durante el período —1965-1975— en que tales naciones más necesitaron de la cooperación del bloque comunista, ésta, con la excepción de la de Alemania Democrática, brilló por su ausencia —otra vez vuelve a presentarse con nitidez el caso del África negra—. En 1984, un millón de toneladas de productos alimenticios llegó a Etiopía para combatir los efectos de la sequía. El 34,5 % procedía de los Estados Unidos, el 28,4 provenía de la Comunidad europea, el 12,4 del Canadá, por tan sólo el 2 % de los países del Este y el 0 % de la URSS.

Salidos en gran medida de la descolonización posterior a 1945, los lazos de estos pueblos con sus antiguas metrópolis no siempre han sido estrechos y positivos. Así, mientras que las relaciones entre Bélgica y el Zaire no tardaron en anudarse con una eficaz cooperación, las de Argelia y Francia no sirvieron para que esta última ayudara con diligencia a su exterritorio ultramarino, siendo un tanto paradójicamente Suecia no de los Estados europeos más preocupados y atentos al desarrollo del Tercer Mundo. A pesar de ello, Noruega —1,03 %—, Holanda —0,97 % (el conjunto de los Países Bajos, 0,91 % de su producto interior bruto por un total de 1.135 millones de dólares)—, Dinamarca —0,83 %— figuran, con Kuwait —3,27 %— y Arabia Saudí —3 %— por delante de ella en el porcentaje de su PNB entregado como ayuda al Tercer Mundo, después de haber fracasado el acuerdo de 1964 que cifraba en un 1 % el porcentaje de los países industrializados. Por debajo del 0,7 % acordado en 1972 por la ONU, estaban, en 1988, EE.UU. —0,24 % (9.403 millones de dólares de su PIB)—, Canadá —0,50 %— o la República Federal Alemana —0,46 %—. No obstante, la medición exacta de tal

ayuda exige tener en cuenta que en gran número de casos se ha otorgado en concepto de «ayuda ligada», esto es, con cantidades destinadas a la compra de maquinaria y manufacturas del país que la proporciona, sin que tampoco deba ignorarse que los miles de millones de dólares se enjugan —mejor se diría, en ciertos casos, se han enjugado— con rapidez por las naciones desarrolladas por la baja de materias primas. Las naciones consumidoras, esto es las industriales, han bajado los precios de las materias primas al nivel de los años treinta. En el decenio 1973-83, el descenso de tales tarifas provocó una pérdida media anual de 15.450 millones de dólares, y en 1986 dicha cifra se elevó a 27.200 millones. Tal vez llevado de algún remordimiento de conciencia..., en 1989, Japón anunció que durante el próximo trienio, treinta mil millones de dólares de sus cuantiosos excedentes comerciales se destinarían a financiar los programas de ayuda al desarrollo. Pero también este loable gesto se ha podido interpretar en ciertos círculos occidentales como una penetración encubierta de las transnacionales niponas en mercados de enorme potencial. En actitudes similares de buena voluntad, Francia y USA anunciaron en mayo de 1989 la anulación de parte de la deuda de los países más pobres.

En los últimos años, el principal país acreedor —y también el más deudor... (500 mil millones en 1988)—, Norteamérica, ha puesto en práctica dos grandes planes con el fin de mitigar un problema cuyas consecuencias amenazan con convertirse en un grave elemento desestabilizador del precario equilibrio internacional. El Plan Baker pasó a la historia sin pena ni gloria, mientras que el del actual secretario del Tesoro, Bra-deyr, ha alcanzado ya un éxito resonante con las renegociaciones de la deuda mexicana, tras ásperas deliberaciones entre el gobierno de Carlos Salinas y los bancos japoneses y yanquis.

Sin embargo, en opinión de gran número de economistas, únicamente la condonación de parte

de la deuda o su conversión en créditos blandos a largo plazo con tipos de interés bajos podría cambiar realmente el sombrío horizonte de la cuestión. Opinión no compartida por las naciones más industrializadas, que en julio de 1989, en su reunión de París, intentarían endosar sin éxito el problema a la banca privada, la menos apta para buscar caminos de solución. Rígidos en su postura acreedora y desconfiados del porvenir inmediato de los países deudores, los bancos privados sólo han tomado hasta el presente la decisión, ante una presunta bancarrota de sus deudores, de depositar parte de sus beneficios como fondo de garantía, contando con el refuerzo y aplauso de sus gobiernos. Así, en 1988, Inglaterra —segunda acreedora mundial— aumentó dicho fondo de la banca privada con 8.440 millones de dólares.

Finalmente, habrá que insistir que el comportamiento del bloque socialista no diverge del camino «capitalista». Sus créditos y subvenciones han sido escasos y parsimoniosos so pretexto, como en el ejemplo «occidental», de su mala administración por las naciones subdesarrolladas, cuyos recursos muy rara vez adquirieron a precios superiores a los fijados en los mercados del bloque liderado por USA. La alusión a la postura de un país medio como España será, sin duda, muy expresiva de todo un estado de espíritu y de un clima social. En el presupuesto español de 1989 la ayuda exterior se cifraba en 8.000 millones de pesetas. Hispanoamérica con 3.000. Oriente Medio 342, y Asia 700. Los países que recibían mayor ayuda eran, Guinea Ecuatorial, Angola, Mozambique, Cuba, Mauritania, Ecuador, Argelia, Guinea Bissau, Costa Rica y Nicaragua, sin que por ello España alcanzase lo estipulado por la ONU. Al margen de algunas actitudes de los países desarrollados, muy plausible tribunas y foros políticos, económicos e intelectuales debatirán en el mundo capitalista modelos y fórmulas de solidaridad, en tanto que la realidad cotidiana descubrirá una y otra vez la importancia de aqué-

llas y el irrefrenable distanciamiento entre el reducido club de los grandes y la nutrida porción de los pueblos con un oscuro presente y un porvenir aún más sombrío.

No sólo razones de ética y solidaridad militan a favor de la cooperación efectiva de las naciones ricas con el *puzzle* de pueblos que forman el Tercer Mundo. Ámbitos como el europeo occidental únicamente podrán basar su futuro en el mantenimiento de una poderosa industria de transformación alimentada con las materias primas y la energía —fundamentalmente petróleo— procedentes de los países que integran aquél.

La carrera armamentística ha sido una de las causas más frecuentes invocadas por Occidente para justificar su mínima contribución al desarrollo de éstos. Argumentación sin duda no baladí, que sirve, además, extendida a todo el esfuerzo de la humanidad, para explicar también otro de los motivos que obstaculizan la emergencia del tercer mundo e impide su igualdad con el resto de los países del planeta. En 1986 los gastos militares en todo el mundo superaron la increíble suma de novecientos mil millones de dólares, al tiempo que las inversiones acumuladas en defensa desde 1960 a 1988 equivalían a los ingresos de un cuarto de siglo del Tercer Mundo, siendo, por último, mayor el consumo de recursos por el esfuerzo armamentístico que el total de África, Asia (sin Japón) e Iberoamérica. La etapa de abierta distensión en la que el mundo se ha adentrado por fortuna en este fin de siglo puede hacer que las espadas se conviertan en arados para roturar un mañana planetariamente menos injusto y desequilibrado.

Tras este somero repaso a la evolución material del pasado africano más inmediato y, en particular, una vez descrito groseramente el panorama del Tercer Mundo, la imperiosa necesidad de globalizar la economía se impone como obligada conclusión. Todo reclama la instauración de un nuevo orden económico a escala del planeta, cuyos mecanismos no sean manipulados por las naciones «ricas», con la mundialización de la pro-

ducción y la intensificación del flujo de mercancías y capitales. Una interdependencia que, para ser beneficiosa, tendrá que responder a exigencias éticas y solidarias. El desarrollo no se acaba con el simple crecimiento económico, ya que tan importante como éste se ofrece su vertiente social, y sigue siendo, para el hombre actual, como dijera Pablo VI en la *Populorum Progressio*, «el nombre de la paz». El trienio que separa nuestra actualidad del momento en que Scholl-Latour redactara su estre-mecedor libro refuerza quizá el pesimismo en su lector. África, asignatura pendiente del mundo desarrollado, no comenzará quizá a estudiarse con rigor hasta el próximo siglo. ¿Serán posibles para entonces las transfusiones de sangre?

José Manuel Cuenca Toribio

La incógnita de China

Lynn Pan

China después de Mao. Una nueva revolución. Editorial Planeta. Barcelona, 1989, 288 págs.

S

ON los factores económicos y políticos los más atendidos por la autora en su ágil y vigoroso cuadro de la China más reciente. Incorporada al mundo de los valores de Occidente, Lynn Pan describe con pluma objetiva el hercúleo esfuerzo realizado por el pueblo chino a mediados del siglo que ahora termina. Las resistencias, en especial, campesinas que se interpusieron en su camino fueron destrozadas y la China del «Gran Timonel» apareció ante los ojos asombrados y expectantes del mundo —en particular, del subdesarrollado— como un inmenso hormiguero, en el que se estaba librando una formidable apuesta histórica. A su término, con cos-

tes incalculables de todo tipo, la nación era una primera potencia por sus recursos y realizaciones. La posesión de la bomba atómica —1964— y de la de hidrógeno —1967— lo evidenciaban con paciencia. La estampa quizá más extendida de la nueva China en el terreno de la propaganda sería la acuñada durante la revolución cultural en la que podían contemplarse hileras de campesinos sin más instrumento que sus manos terraplenando laderas, excavando canales de riego y construyendo presas para desviar y contener las aguas desbordadas. Imagen espléndida por su percusión psicológica, coincidente con la idea maestra de Mao, de una fuerza colosal liberada merced al esfuerzo colectivo. Esta hazaña unida a los escritos y discursos económicos de Mao, de enorme prestigio e irradiación, le darían al ejemplo chino una gran audiencia en otras naciones afroasiáticas e hispanoamericanas cara a plantearse las vías más apropiadas para vencer su subdesarrollo. No obstante, el «modelo chino» resultó inexportable por la singularidad del contexto que lo enmarcaba, e incluso en la propia China su viabilidad, sometida a grandes rectificaciones en tiempos de Mao, no sobrevivió a éste.

En efecto, tras su muerte, la rigidez del sistema comenzó a agriarse hasta llegar en los años ulteriores al esbozo de incipientes formas de economía de mercado. Así en la agricultura, el sexenio de 1978-1984 conoció el retorno a la explotación familiar, dentro de un régimen llamado de «responsabilidad», muy abierto, igualmente, a la diversificación y a la privatización. La vieja modalidad tripartita saltó con ello hecha pedazos. Las actividades complementarias y los mercados rurales experimentaron un sorprendente desarrollo, hasta el punto de alcanzar la producción agrícola cotas sin precedente, no sólo en la vertiente ce-realística, sino también en la cotonera. Al socaire de dichas innovaciones ha surgido, como cabía esperar, una nueva clase de propietarios rurales, estimulados y alentados desde el gobierno, so-

bre todo al permitirse un alza sustancial de los precios alimenticios.

En el campo industrial los cambios se operaron simultáneamente a los experimentados en el sector primario. La política denominada de «ajuste» modificó desde 1978 las prioridades inversionistas. El consumo y el empleo se adelantaron ahora a cualquier otra consideración, con un crecimiento intenso en lugar de extensivo, así como una especial sensibilidad hacia el cambio tecnológico y a la innovación administrativa. Las industrias ligeras y las de transformación han centrado los planes quinquenales sexto y séptimo —1981-1985, 1986-1990—.

El efecto combinado de las reformas del campo y de la industria —asombroso crecimiento en un 23 % en la primera mitad de 1985 en lugar del 8 % previsto— sería el de la inflación, desconocida durante más de treinta años, pese a que la subida de los salarios ha sido superior casi siempre a la de los precios. La carrera del consumismo se ha despertado en la sociedad china, y las importaciones necesarias para su satisfacción provocan el déficit comercial y una inflación que en 1988 sobrepasaba el 30 %. La clásica terapia monetarista no ha tenido en general los resultados esperados, por la debilidad, en parte, del propio sistema bancario, objeto de crítica, generalizadas, como una expresión más del burocratismo corrupto y tentacular que frena notablemente los pasos hacia adelante. A pesar de tropiezos y dificultades, en la actualidad las iniciativas informadas con la filosofía económica de Occidente han cristalizado en logros muy halagüeños que han alentado y estimulado a los gobernantes de Pekín a seguir por la misma vía, habiéndose llegado a un punto de no retorno por dicha senda.

De esta manera, tanto en el antiguo Celeste Imperio como en las democracias populares del centro y este de Europa los aires de renovación y cambio, en ocasiones rupturistas, penetran hodierno por todos los rincones de su economía. Confesado o no, el modelo a imitar es el de occidente, con cuyos

países se ha intensificado toda suerte de lazos y contactos, que abren realmente para todas estas naciones una vía por completo novedosa en la que sus gobernantes colocan las metas de su prosperidad material y social, ya que las fórmulas preconizadas en este terreno son más que el correlato del complemento de otras reformas en el campo de libertades y de los derechos humanos.

Las raíces de este cambio también se echaron en los últimos años de Mao. Descorazonado con las experiencias de la Revolución Cultural y minada su robusta salud, Mao concentró sus últimas energías en avanzar decididamente por la senda del equilibrio social y político a fin de asegurar la transformación económica del país y darle el puesto merecido en el concierto mundial. Aunque tanto él como sus colaboradores desmintieran siempre rotundamente las intenciones que le atribuía la propaganda estadounidense y soviética de aspirar a hacer de su pueblo una superpotencia, la obtención de la bomba de hidrógeno en 1967 y la espectacular entrada en la carrera espacial —lanzamiento del primer satélite en abril de 1970, pronto seguido de otros dos— pondrían de manifiesto el deseo de los dirigentes chinos de introducirse en el club de las grandes potencias.

Tales planes llenaron de temor á la Unión Soviética, que no ahorraría medios para lograr la continuidad del aislamiento diplomático de Pekín. Por el contrario, los Estados Unidos siguieron una línea opuesta esperanzada, en que el fin del lazareto chino contribuyese decididamente a la solución del conflicto vietnamita. Así, en octubre de 1971, la China comunista ingresó en la ONU y a principios del año siguiente se produjo la espectacular visita del presidente Nixon a China que daría al planteamiento de toda la política internacional un sensacional giro. El acercamiento del año siguiente entre Tokio y Pekín pondría fin al distanciamiento entre los antiguos y tradicionales rivales, aumentando aún más los recelos y suspicacias rusos. Convertida en su bes-

tia negra, todas las intervenciones de los representantes chinos en la ONU se dirigirían a atacar a las resoluciones y propuestas de Rusia, cuyo «social-imperialismo» sería denunciado en el VII Congreso del Partido Comunista Chino como la principal amenaza para la paz mundial —agosto de 1973—. En la misma trayectoria se inscribirían las medidas adoptadas por Pekín para favorecer el término de la guerra del Vietnam a fin de eliminar la poderosa influencia de Moscú en Hanoi.

Cuando más firme era la posición internacional de China, su forjador volvió a sentirse atraído por el cambio incesante y la perpetua renovación. La Constitución de enero de 1975 rehabilitó con los máximos honores a los actores y protagonistas de la Revolución Cultural y volvió a dejar caer una sombra de sospecha y censura contra los defenestrados en dicho período. En el instante mismo en que a consecuencia de la reaparición de tal corriente Chu-En-Lai veía eclipsarse su ascendiente, se produciría su muerte —9 de enero de 1976—, seguida del golpe de efecto de su sustitución por Hua-Kuo-Feng, en lugar del preconizado Teng Hsiao-Ping.

Antes de que Mao falleciera —9 de septiembre del mismo 1976—, la ofensiva fue lanzada bajo su impulso por su tercera mujer, Chiang Ching, antigua actriz, y por la más tarde denominada «Banda de los cuatro», —figuras radicales del Politburó del Partido Comunista con gran actividad en la Revolución Cultural.

Como en los primeros tiempos del nuevo Estado, éste atravesaría durante un lustro una etapa caracterizada por las feroces luchas internas y las espectaculares mudanzas entre los detentadores del poder Prevalido y su fuerza en el ejército y la burocracia, y Teng Hsiao-Ping se vería repuesto en su cargo de viceprimer ministro en agosto de 1977 por el XI Congreso del Partido. En 1980 se registraría la renuncia al cargo de primer ministro de Hua Kuo-Feng. En el mismo año tendría lugar el famoso juicio contra la viuda de Mao y la «pandilla de los cuatro»,

en el que la primera sería condenada a muerte, pena conmutada más tarde por la de cadena perpetua.

Desde que en el mencionado año ha logrado colocar como primer ministro a Thao Tiyang, el avance hacia el control de todos los resortes del Estado por Teng Hsiao-Ping y sus burócratas se muestra imparable. En 1983 su hegemonía se consolidaría definitivamente con el nombramiento de Li Xiannian para la Presidencia de la República, una vez aprobada en diciembre de 1982 la cuarta constitución de la China Popular, en la que se restauraría el mencionado cargo.

Esa trayectoria moderada sería, como es lógico, apoyada por Estados Unidos y todos sus aliados —tratado de amistad entre Pekín y Tokio en 1978, establecimiento de relaciones entre Pekín y Washington en 1979, admisión de China Popular en el Fondo Monetario Internacional y en el Banco Mundial, etc.

A estas alturas, quedaba, sin embargo, en pie el interminable contencioso con la Unión Soviética. En 1983 la oposición entre ambos países estuvo a punto de traducirse en un conflicto abierto al orientarse varios misiles SS-20 hacia la China Popular. Pese a todo, los intentos de reanudación diplomática comenzaron a cobrar cuerpo hacia las mismas fechas, merced en un primer momento a los esfuerzos rusos, rechazados por la permanencia de sus tropas en Afganistán y, más particularmente, por su apoyo a la invasión de Camboya por el gobierno vietnamita, muy alejado ahora de la onda de Pekín. En 1986, ya con Gorbachov en el Kremlin, tanto por una parte como por otra se hicieron votos por una conferencia en la cumbre, así como por la normalización de las relaciones entre los dos países. Dos años más tarde, con la retirada rusa de Afganistán y la prevista salida de las tropas vietnamitas de Camboya, Teng Hsiao-Ping confirmaría la reunión en la cumbre para 1989, treinta años después de celebrada la última.

En 1987 volvieron a reaparecer

con dureza los enfrentamientos entre reformistas y conservadores, en especial durante los meses que precedieron al XIII congreso del Partido Comunista Chino. Los últimos lograrían un momentáneo éxito al hacer valer sus temores sobre la pérdida del control ejercido por el partido sobre el rumbo de la vida gobernante, en la que se abrían paso promociones que no participaron en la «Larga marcha», y, a veces, ni tan siquiera en la victoria sobre el Kuomintang pre-conizadoras de acelerar el proceso de liberalización y obsesionadas por el desarrollo económico. Sin embargo, una vez celebrado dicho congreso, el hombre que encarnaba las ansias reformistas, Zhao Zi-yang, lograba consolidarse en la Secretaría General del partido, con lo que la política de apertura, un momento comprometida, volvía a cobrar impulso, siempre bajo la tutela de Theng Hsiao-Ping, que aunque alejado voluntariamente del Comité Central continuaría como hombre fuerte del régimen, al ser reelegido jefe de la Comisión Militar.

En el bienio siguiente la línea reformista estaría sometida a una constante tensión entre un antiguo régimen que no aceptaba su desaparición y un orden nuevo que no acababa de afianzarse, con expresiones no solamente en el seno de los núcleos dirigentes, sino también en los mismos sectores sociales, no todos ellos incorporados plenamente al proceso de cambio alentado por el núcleo más dinámico de la nación. Meta primordial de estos últimos sería el logro de una separación gradual perfecta entre el PCCH y el Estado, sin que por tal camino avanzaran demasiado.

Así quedaría al descubierto, dramáticamente, en los trágicos acontecimientos de la primera semana de junio de 1989. Caldeada la atmósfera en las principales ciudades del país por toda una cadena de protestas estudiantiles y huelgas de hambre en las que sus participantes proclamaban «morir antes que vivir sin democracia», a fines de mayo se concentraban en la plaza de Tiannamen casi un millón de personas, exigiendo la des-

titución de Theng Hsiao-Ping y del Primer Ministro Li Peng, con la simpatía declarada de Zhao Zi-yang. La lucha por el poder entre las facciones rivales en la cúpula dirigente, desplegada mientras que Gorbachov visitaba Pekín, se inclinó finalmente a favor de los defensores de la ortodoxia, entre los que se incluía en esta ocasión el anciano Theng Hsiao-Ping. Mientras que el Secretario del partido era condenado al ostracismo, el movimiento de protesta era aplastado por los carros de combate —3 de junio—, mero prólogo a todo un proceso de purgas en el seno del partido e interminables fusilamientos, que cerraban, con sangre, el camino de la reforma, ante la pasividad real de las grandes potencias y el desencanto de gran parte de la opinión pública internacional.

Pero del aplastamiento de la «primavera de Pekín» no habla el libro de Lynn Pan, redactado con corazón esperanzado en 1988. En tal época, todo era posible en el país-continente. Sería bueno que, tras lo ocurrido a mediados de 1989, pudiéramos pensar que, pese a todo, aún es posible el encuentro de China con la democracia y la libertad. Así se despejaría definitivamente la mayor interrogante político-cultural de este fin de siglo.

José Manuel Cuenca Toribio

Iberoamérica, hoy

Alain Touraine

América Latina. Política y sociedad. Espasa-Calpe. Madrid, 1989, 516 págs.



L americanismo español, de tan serondos frutos en el período virreinal o novohispano, no ha roturado con igual intensidad su parcela contemporánea. Algunos de

los escasos trabajos que merecen citarse acerca de dicho período no bastan para dejar de lamentar una ausencia muy significativa y elocuente. Desde hace algunos años son los propios historiadores sur-americanos los que se esfuerzan en cubrir un vacío tan pesadoso. En su ayuda han venido estudiosos extranjeros, fundamentalmente estadounidenses y galos.

En el elenco de estos últimos, resalta la contribución del destacado sociólogo parisiense Alain Touraine. Su denso libro, espléndidamente vertido al castellano por uno de los mejores traductores españoles de la hora presente, Mauro Armiño, recalca esencialmente en el análisis de los aspectos más «externos» del hervoroso continente, en los que también, por supuesto, una mirada buida como la del autor de *La sociedad postindustrial* puede recoger alguna de las claves del desenvolvimiento iberoamericano en su pasado más reciente.

Si es difícil y hasta cierto punto arbitrario abocetar una caracterización general para las sociedades occidentales y del bloque de las democracias populares, raya casi en lo imposible trazar un cuadro de conjunto sobre comunidades tan diversas y contrastadas como las del Tercer Mundo, del que tan importante porción forma la América hispanolusitana. El común denominador, el subdesarrollo, adelanta algunos de sus rasgos dominantes, pero ello no exime de entrar en el terreno de las matizaciones y especificidades, muy abultadas en múltiples ocasiones.

Conforme es sabido, dos teorías se disputan en el día el diagnóstico exacto del fenómeno del subdesarrollo. Para los doctrinarios socialistas éste no es más que la consecuencia obligada del capitalismo basado y mantenido en la explotación más descarada de los *havino not*. Según los ideólogos contrarios, no pasa de ser un estadio forzoso en el proceso económico-social que conduce a la industrialización y al desarrollo. Posiciones, como se ve, opuestas per *diametrum* y entre las que es imposible encontrar alguna conciliación o acomodo. La realidad ha

demostrado, empero, no dejarse ahorrar tan fácilmente por la teoría, con situaciones que no se ajustan por completo a ninguna de las tesis indicadas. Tanto en África como en Iberoamérica se ha asistido a la implantación de modelos heterodoxos, acuñados en ocasiones a la luz de frustraciones y fracasos en la búsqueda de soluciones liberadoras y eficaces. El subdesarrollo de la Cuba de Castro no puede decirse que sea el corolario ineluctable del régimen capitalista ni que el boliviano o el zaireño responda a la miopía de sus dirigentes por encontrar la vía expedita hacia el capitalismo...

En definitiva, si las tesis indicadas en primer lugar son al menos parcialmente rebatibles, las segundas lo son en igual medida. Realizar simultáneamente la revolución agrícola, la revolución industrial y el desarrollo sin capitales ni cuadros en naciones, por lo común, superpobladas frisa casi en lo quimérico. Hasta el momento, pese a la existencia de ejemplos positivos, no cabe decir que las experiencias sean positivas, aunque no se trate, desde luego, de la cuadratura del círculo y haya más de un motivo para ía esperanza. El capital humano traducido en la formación de sus gentes y en el patriotismo de sus núcleos dirigentes, decidirán gran parte del éxito del crucial envite. Frente a los «países ricos» en ostensible caída demográfica, todos los de Iberoamérica son jóvenes, y abiertos, por ende, al futuro y a la esperanza.

Conforme a estadísticas de la UNESCO, eran 889 los millones de analfabetos, de edades superiores a los quince años, existentes en el mundo en 1985. Seiscientos sesenta y seis millones de ellos vivían en Asia, en tanto que en África más de la mitad de su población adulta era por entonces analfabeta. En Iberoamérica el panorama no era más reconfortante, aunque sin alcanzar las cifras aterradoras de los otros dos continentes. Este terrible mal es, pues, la columna más poderosa e inamovible del subdesarrollo, alzándose como un insuperable obstáculo en la promoción de los pueblos incursos en él, de los que constituye quizá su

principal seña de identidad y lazo unificador.

La pobreza y escasez materiales destacan como una nota peraltada en todos los países del Tercer Mundo: mas su gradación recorre una amplia escala que va desde la subalimentación crónica de extensos territorios africanos hasta pueblos como el argentino o venezolano, donde la media de 2.500 calorías diarias por habitante —bien que en ciertas zonas del globo este promedio se rebaje a dos mil— es alcanzada por la gran mayoría de la población. De las cien mil personas que mueren de hambre diariamente en nuestro planeta el mayor porcentaje se registra también en el continente negro, donde en 1988 moría una mujer de cada 21 como consecuencia de un embarazo o un parto, frente a Estados Unidos, en los que una mujer de cada 6.366 fallecía a consecuencia de la gestación. Con el equipamiento social —escuelas, dispensarios, carreteras, etcétera— afrontamos un panorama tachonado de diferencias, por encima del elemento unificador de su escaso desarrollo en todas las naciones integrantes del bloque analizado. Entre el analfabetismo de Guinea Bissau y el de Chile la distancia es tan considerable como la existente entre la mortalidad infantil de Yemen del Sur y la uruguayo. Y si la deuda externa se ofrece también como otro de los puntos unificadores en su fisonomía, no puede ocultarse las abismales distancias que separan a Perú de Egipto o a Túnez de Brasil. Y si igualmente es otra de sus constantes las grandes inversiones militares, no es tampoco menor que en los otros terrenos antecitados el contraste entre los gastos de Marruecos o Pakistán y los de Costa Rica y Paraguay.

Dados sus niveles educativos y la exaltación nacionalista predominante en casi todos ellos, el absorbente peso del Ejército conforma buena parte de la unidad social de los países aludidos. En numerosas ocasiones, las fuerzas armadas han sido cantera de cuadros y gobernantes. Las guerras que envolvieron el nacimiento de muchas naciones otorgaron a sus jefes el ran-

go de conductores natos e indiscutidos —piénsese, por ejemplo, en el caso del *Fondateur President*, el antiguo sargento y periodista general Mobutu—. Cuando ello no fue así, la formación de las élites castrenses en países occidentales —Norteamérica, Francia, Gran Bretaña, Rusia—les proporcionó unos saberes y una experiencia administrativa y organizadora de la que estaban horras unas poblaciones cuyos universitarios y técnicos han sido hasta el presente muy reducidos.

Aun en Estados de factura formal democrática y tradición civilista como Filipinas o Colombia, el papel de los ejércitos es decisivo y fundamental en la gobernación del país. El liderazgo carismático convertido en otra nota vertebradora de las sociedades tercermundistas se enraiza y nutre en la mayor parte de las ocasiones en el fenómeno anterior. El caudillismo suramericano proveniente de los tiempos de la Emancipación se perpetúa en la Iberoamérica actual, a veces bajo ropaje civilista. El caso del general Perón y del movimiento creado por su poderosa personalidad así lo demuestra. La marginación de la vida pública que se opera de hecho en casi todos estos países condena a sus habitantes a un catacumbismo político, que impide el rompimiento de la situación de bloqueo a la que su infra o subdesarrollo cultural le aboca.

El caudillismo como instancia suprema de legitimación político-social conecta directamente con la existencia de otra institución elevada a la categoría de nota definitoria de una amplia porción de las sociedades aludidas. En sus diversas modalidades, el caciquismo se adentra profundamente en el tejido social de tales pueblos, en especial, en los de Iberoamérica. Algunas veces se nucleará en torno a un individuo en posesión de los hilos que mueven las palancas del poder local o nacional; otras, será un grupo o familia el eje sobre el que se mueva toda una comunidad a escala municipal o regional y aun superior; y, en fin, las mismas instituciones y partidos ejercen las funciones caciquiles, tal

y como ha ocurrido hasta nuestros mismos días con el famoso PRI mexicano.

Convertido en poderoso elemento deseducador por su raíz antiética, el caciquismo fomenta en grado sobresaliente la generalizada corrupción que distingue a la práctica totalidad de esas sociedades, con una burocracia transformada en clientela del poder y unas élites degradadas o con escaso vigor para el cambio. El sucursalismo y satelización económica de los pueblos del Nuevo Mundo acentúa la inmoralidad de sus clases dirigentes, dependientes de organizaciones multinacionales que operan en sus territorios con poca o nula preocupación por la promoción de esta «periferia» del capitalismo central.

Frente a esta desarticulación, los partidos políticos comienzan a jugar un papel casi insustituible de estructuración de la sociedad al movilizar las masas, seleccionar las élites y difundir las ideologías. Sin duda, en muchas naciones afroasiáticas tales formaciones son artificiales, salidas de los grupos y organizaciones que impulsaron la independencia, sin que hayan nacido del clima de modernización necesario para una vida parlamentaria auténtica. Mas, con todo, a través de su actividad fomentan decisivamente la atmósfera indispensable para la creación de una patria y una conciencia nacional por encima de clanes y tribalismos, de jerarquías periclitadas o en vías de extinción y de injerencias religiosas, aunque en ocasiones el proceso no aparezca nítido, confundiendo en él las aguas. La «revolución» femenina que ha alcanzado su madurez en las sociedades industrializadas apenas sí se atisba en las ahora glosadas. El analfabetismo característico de la mayoría de los pueblos del Tercer Mundo flagela con mayor fuerza a la mujer sur americana, sometida a un régimen que recuerda a veces la servidumbre, con agotadoras tareas domésticas y laborales. Su acceso a los centros superiores de enseñanza es muy restringido, así como su inserción en los puestos de mando y dirección. En términos globales, las socie-

dades del Nuevo Mundo presentan una gran inestabilidad, pese a la presencia en ellas de fuertes vínculos familiares o corporativos. Su constreñimiento político e ideológico y su precario nivel de vida hacen de la mayor parte de ellos un potencial altamente explosivo frente a coyunturas críticas, al tiempo que las convierte en caldo de cultivo para toda clase de mesianismos, sin que sus energías fecunden, por la obstrucción de los poderes establecidos, los caminos que puedan conducirla a su desarrollo y democratización, íntimamente ligados.

Potenciar todo lo que conduzca a esto último deberá erigirse en meta prioritaria para los dirigentes políticos y sociales de Iberoamérica, tierra aún de promisión más que de realidades positivas en su convivencia y nivel de vida. Entre los muchos mensajes que es posible extraer de este libro sereno, pero a la vez denunciador, quizá sea éste el más peraltado y apremiante.

José Manuel Cuenca Toribio

El heredero de Perón

**Alfredo Leuco
y José Antonio Díaz**

Menem, entre Dios y el Diablo.
Planeta.
Barcelona, 1989.

M

ENEM es el heredero de Perón, es el lema «Síganme» lanzado clamorosamente a las masas desheredadas de la Argentina allá en los tiempos de la modernización económico-social del país, que parece seguir teniendo vigencia, dado que aún no se ha superado el efecto negativo que el modelo mo-demizador tuvo. Menem es, pues, el heredero de Perón; pero también es el Peronismo renovado, el Menemismo, algo distintos al menos en el fondo, pues las formas

continúan siendo similares, emblemáticas e impregnadas de viejos estilos en una sociedad que, aunque no de forma suficiente, ha cambiado.

Menem, casi místico, es ahora todo y nada. Tan indefinible como imprevisible —perdón por el tópico—, «tan argentino». «Entre Dios y el Diablo». No hay oración que mejor lo diga. Menem parece tener un programa y, en realidad, no lo tiene, o tiene programa y parece no tenerlo. Va ofreciendo aquí y allá soluciones alternativas para todos los problemas, cual magnánimo asignador de recursos, cuando hasta hace muy poco tiempo se decía que la solución a todos los problemas era contradictoria, que había que establecer un orden de prioridades. Menem no parece tener orden de prioridades, dice poder marchar con todo, pero al mismo tiempo está aplicando la «receta» del neoliberalismo mejor que nadie. Menem es el rey de la «puesta en tela de juicio», de la más alta contradicción en sus posiciones hecha sistema, del saber estar en todos los sitios y —cómo no— en ninguno. Menem es todo esto ahora, pero también lo ha sido siempre, como se desprende de su biografía, en buena parte hasta ahora desconocida.

El problema es que las soluciones deben entenderse en todos sus extremos para poder coadyuvar a que resulten, y las que Menem propone para la Argentina sólo él parece conocerlas. Lo que se desprende de esta obra es que las cosas, por el momento, no están claras y que esto, por el momento, no puede ser una crítica siquiera. Una vez alcanzado el poder, una vez han sido recuperadas las masas, haciendo olvidar incluso la existencia misma de aquel a quien él mismo tanto venera, la única conclusión posible es que las soluciones son múltiples y diversas, aunque el hombre sólo sea uno, Menem.

Antonio Santamaría García

Historia de la Literatura Hispanoamericana

Luis Sainz de Medrano

Taurus.

Madrid, 1989, 743 págs.

N

ADÍE mejor que el autor ha definido esta obra al decir que «no es sino un anteproyecto de historia de la literatura hispanoamericana», puesto que sólo así alcanza una verdadera dimensión de importancia cualitativa que, en otro caso, habría sido absorbida por la magnitud del tema tratado.

Parte Sainz de Medrano del Modernismo, de las obras de Martín Darío, González Prada, etc., como primer momento de esplendor de lo que luego sería, transcurridos los años, el «boom» internacional de una literatura hasta entonces desconocida, aunque no por ello carente de valor.

La más reciente literatura hispanoamericana, pues, no puede ser comprendida si no se tienen en cuenta sus raíces, y éstas se remontan más allá incluso del eje cronológico que el autor toma como punto de partida. Esto, sin embargo, lejos de ser un defecto, es un acierto de consideración. Ya son de por sí suficientes los problemas, tendencias, etc., que deben recogerse en tan escaso número de páginas en relación con el tema, como para pedir aún más y seguir teniendo pretensiones de calidad.

En cualquier caso, estos y otros muchos problemas no son ajenos a las perspectivas de la obra, cuyo carácter es eminentemente aproximado, desde el momento que trata de abarcar la producción literaria de todo un continente en algo más de un siglo, lo que refuerza la idea de anteproyecto que está presente a lo largo de todo el discurso, haciendo de él un loable esfuerzo de aproximación al tema, sólo realmente válido si se utiliza como estructura de encuadre y punto de partida para una mayor

profundización en aquellos aspectos que pudiesen interesar al lector. A estos efectos, la obra se completa con un capítulo bibliográfico en el que aparece citada la obra de los distintos autores literarios, así como los mejores estudios existentes sobre la misma y sobre la literatura hispanoamericana en general o en sus diversos temas y problemas.

Antonio Santamaría García

E1 naturalismo

Emile Zola

Ensayos.

Traducción de Jaume Fuster. Selección, introducción y notas de Laureano Bonet.

Vol. 34 de la serie «Nexos».

Ediciones Península.

Barcelona, 1989.

E

STA es la segunda edición —la primera apareció en 1973— de una recopilación de varios trabajos de Zola, realizada por Laureano Bonet, que la prologa y anota muy atinadamente. Reúne los escritos «La novela experimental»,* «Carta a la juventud», «El neo-realismo en el teatro», «El dinero en la literatura» y cuatro artículos más «Sobre la novela», que quizá sean hoy sus páginas más atractivas, al hablar de «El sentido de lo real», «La expresión formal», «La fórmula crítica aplicada a la novela» y «La descripción». La verdad es que tiene mucha razón Bonet cuando señala cómo lo más interesante hoy de todas estas páginas, sea lo personal, lo mera y espontáneamente literario, y no lo teórico. Se fatiga uno un poco al releer tanta y tanta fiel invocación de los textos y de los principios de Claude Bernard, cuyo método experimental constituirá para Zola el nervio, la esencia del naturalismo; considera uno la cuestión como archivada, convertida en capítulo de historia literaria y, aunque interesante por demás, no susceptible ya

de promover un apasionamiento como el que tuvo en su día. Se deleita uno, en cambio, cuando lee los incisivos ataques contra Víctor Hugo, contra Renán, contra los autores teatrales entonces en boga: Sardou, Augier, Dumas hijo, o cuando ve analizados los méritos de Balzac, de Stendhal, de Flaubert, de Daudet o de los Goncourt, o cuando se diferencia la crítica de Sainte-Beuve de la de Taine. Sigue siendo esclarecedor el estudio sobre el dinero en la literatura y en los literatos. Y no lo es menos el de la descripción y el del paisaje. El libro es, así, un texto de consulta y un conjunto de páginas aún llenas de vida que cada lector espigará según sus propios gustos. Quedan ya dichos cuáles son los míos.

L. H. L.

E1 cardenal Mendoza

F. Javier Villalba Ruiz de Toledo

Editorial Rialp. Madrid, 1988, 247 págs.

L

A aproximación del quinto Centenario del descubrimiento de América y, como recordó en una ocasión Felipe González, del medio milenio de la unidad política española, aunque en esta fecha no se pueda incluir todavía a Navarra, va a centrar el foco de la actualidad histórica en el reinado de los Reyes Católicos, de una manera similar a lo sucedido con Carlos III.

Toda conmemoración comporta un revisionismo, o un nuevo enfoque de una época histórica concreta, y esto es muy verdadero en cuanto nos acercamos al tratamiento historiográfico que el reinado o los reinados de Isabel y Fernando han tenido en el último medio siglo. Es probable que en la España de las autonomías, que es

la misma que acaba de anunciar la prosecución de la causa de beatificación de Isabel la Católica, pronto asistiremos a un sonado debate sobre los fundadores de la España Moderna.

Acabada la guerra civil, el reinado de los mencionados reyes sirvió de cobertura histórica de nostalgias imperiales y de cotidianas realidades políticas. Como sucede siempre, el calor de estas retóricas nacen y se desarrollan insustituibles obras científicas y notables engendros propagandísticos. Por aquellos años los trabajos del gran especialista de este período, Antonio de la Torre, establecieron las bases para un mayor conocimiento documental del reinado, en una obra que se prolongó hasta los años sesenta, coincidiendo con el final de su larga vida. También a este ilustre andaluz se debió la revisión histórica del papel de Fernando en la labor conjunta, sobre todo en la política internacional. En esta línea otro gran mérito de A. de la Torre fue encauzar la gran inteligencia y capacidad de trabajo de Jaime Vicens Vives, cuya obra rebatió a la escuela nacionalista catalana, haciendo justicia a la obra de Fernando en Cataluña.

Otro momento historiográfica-mente álgido fue hacia 1969, con motivo del V centenario del matrimonio vallisoletano. Para esta efemérides es de obligada cita la obra de Luis Suárez, que culminó en los dos tomos dedicados a los Reyes Católicos en la *Historia de España* de Menéndez Pidal. Todo ello fruto del extenso conocimiento del siglo XV y de los Trastámara castellanos que el autor posee.

En el campo de la biografía, el libro de Tarsicio de Azcona sobre Isabel Católica, publicado en 1964, rompe prácticamente con la retórica hagiográfica anterior, y, recientemente, el hispanista Joseph Pérez nos ha dado una buena semblanza de los Reyes y su obra.

Las figuras claves de este reinado han tenido diversa suerte en la literatura histórica. En términos generales se puede afirmar que Cisneros ha gozado de mayor aceptación entre los seguidores de Clío, especialmente en los años

cuarenta y cincuenta y siempre al socaire de la gran obra de M. Ba-taillon: *Erasmus y España*, publicada en 1937. En cambio, el que elevó a Cisneros a sus altos destinos y que fue factor indispensable en el advenimiento y consolidación de Isabel en Castilla, el cardenal González de Mendoza, no ha disfrutado de igual suerte. Si dejamos de lado la biografía del marqués de la Cadena, basada en las crónicas coetáneas, que, con el título *El gran cardenal de España: D. Pedro González de Mendoza*, apareció en Zaragoza en 1939, y la de Merino Alvarez en 1942, poco más se puede aportar en el capítulo de biografías completas de este importante purpurado. Sin embargo, en estos últimos años, en un movimiento de recuperación similar al que ha ido resaltando la figura de Fernando, el interés por la vida y obra de Mendoza ha eclipsado en cierto modo la de Cisneros.

Un repaso de la bibliografía más reciente nos demuestra que la biografía del cardenal ha ido enriqueciéndose con diversos estudios sobre sus etapas biográficas: avatares políticos desde Juan II hasta Isabel, deteniéndose especialmente en el reinado de Enrique I y su sucesión, o su extraordinaria labor como mecerías universitario y de las bellas artes. También su prolífica familia, tan rica en personalidades relevantes, como lo ha demostrado Sor Cristina de Arteaga y sobre todo Na-der H. en su *The Mendoza family in the Spanish Renaissance 1350-1550* (New Jersey, 1979).

Sobre este cúmulo de trabajos y monografías, el profesor Villalba aporta una investigación de primera mano referente a la base sustentadora de la actividad men-doquina, su labor como eclesiástico. En el libro que comentamos, el autor divide el relato de la vida de Mendoza, fundamentalmente, por sus destinos en la Iglesia. El arcedinato de Guadalajara, el obispado de Calahorra-La Calzada, el de Sigüenza, el arzobispado de Sevilla, el de Toledo. En todos estos capítulos se procede con moderna metodología para estudiar la actividad del prelado, des-

de los concilios reformadores, la disciplina del clero y la creación y embellecimiento de los lugares de culta, hasta las rentas eclesiásticas de las que se alimentaban estas actividades. Igualmente, se describe con toda claridad la actuación que como señor temporal tuvo Mendoza en sus diversas diócesis. Cabe destacar aquí su política de gobierno en municipios como Sigüenza o Toledo, que abarca, desde los abatos hasta el urbanismo, pasando por la ordenación estatutaria de los municipios y su sistema de provisión de cargos.

Otra gran aportación del autor a la biografía de nuestro prelado es el capítulo final del libro, donde se valoran y describen sus rentas, así como su distribución en la herencia de sus legitimados hijos y las fundaciones por él creadas. Los capítulos antes reseñados constituyen una importante contribución que se agrega a los ya conocidos hechos del prelado alca-rreño y que Villalba intercala en su relato de entramado eclesiástico. Con todo, no se puede ocultar que Mendoza fue un prelado político típico de la época (cuidado y engrandecimiento de su patrimonio, los inevitables hijos naturales y un fuerte sentido del linaje), pero como se demuestra muy bien en esta obra, tuvo la clarividencia de apoyar y favorecer las personas y las posiciones que representaban la negación de su carrera y de su propia experiencia personal. Así apoyó, tras algunos titubeos, el partido de Isabel frente al de Juana y Portugal sólo por consolidar la autoridad monárquica. Luego promocionó a Cisneros, la antítesis de su trayectoria vital, al regio confesionario, y después, en trance de muerte, lo volvió a recomendar para su propia sucesión en Toledo. Con ello, sin saberlo, el gran cardenal de España se relegaba a un segundo plano histórico detrás de la figura de su protegido. Por último, subrayamos con el autor la tesis del libro: su programa de reforma de la Iglesia. El profesor Villalba afirma que esta labor de reforma «es la más transcendental aportación personal que cabe atribuirle (a Mendoza), por cuanto de ella surge el

programa que más adelante defenderá y llevará a término el cardenal Cisneros». Tal tesis queda ampliamente desarrollada en el libro.

En general, el autor no se deja conquistar por su biografiado, pero dada su impostación en lo eclesiástico, pasa como sobre ascuas en determinados episodios de su actividad política, que también influyeron en su encumbramiento eclesial, dado que las crónicas y biografías precedentes no dan más de sí. En este sentido, durante el final del reinado de Enrique IV (1462-1474) la actitud de Mendoza no se explica bien, si se excluye el miedo personal y el interés familiar. ¿Por qué Mendoza pertenecía al partido real si tenía serias dudas sobre la paternidad de Juana? Tampoco es muy convincente la explicación del doble juego mendozino en 1472-1473 para obtener por la vía aragonesa, Juan II-cardenal Rodrigo Borja, el capelo, y por parte de Enrique IV el arzobispado de Sevilla y la cancillería mayor del reino. Finalmente, su actuación en el tema de la restitución de los juros tras la guerra de sucesión queda muy confusa; y también habría que profundizar en su actitud ante la creación de la Inquisición o la expulsión de los judíos, actitud que el autor, en principio, cree adversa.

La etapa final de la vida del cardenal se nos ofrece más nítida, rectilínea y aun espiritual, destacando en ella su leal colaboración, no exenta de crítica o disenso con los soberanos. Fidelidad a la que los Reyes correspondieron con señalados favores y mercedes, como la de un tema, tan desagradable para la conciencia de Isabel, como fue el reconocimiento legal de los tres hijos de D. Pedro para poder así heredar sus propiedades. En ningún libro sobre la vida del cardenal se puede obviar el tema de su mecenazgo, que ha sido su obra más imperecedera y que Vi-llena trata en luminosas páginas, especialmente dedicadas a su gran «opus», el colegio mayor de la Santa Cruz de Valladolid.

En resumen, el libro del profesor Villalba contribuye a compren-

der aún mejor por qué el cardenal González de Mendoza fue llamado el tercer rey de España.

Eduardo Escartín Sánchez

Los diplomáticos de Franco. J. F. de Lequerica

María Jesús Cava Mesa

Temple y tenacidad (1890-1963).
Universidad de Deusto. Bilbao,
1989, 363 págs.

S

I la escasez de estudios sobre las relaciones internacionales constituye una de las más graves carencias de la historiografía española, tal deficiencia resulta tanto más lamentable en lo que se refiere al período franquista. Faltan aún análisis monográficos sobre una cuestión decisiva —incluso para la historia interna de España en los años 1939-1975— como la política exterior. La profesora M.^a Jesús Cava aborda en su último libro tal cuestión, contribuyendo a paliar nuestro desconocimiento de los comportamientos políticos sobre los que se diseñó la actuación internacional del régimen franquista. *Los diplomáticos de Franco* es, precisamente, un intento de evitar esquemáticas visiones generales, basadas en estereotipos.

La autora ha optado por el análisis específico de uno de los personajes clave de las primeras décadas del régimen. Estudia con detenimiento la figura histórica de José Félix de Lequerica, embajador en París entre 1939 y 1944, durante los inciertos años de la guerra mundial; ministro de Asuntos Exteriores en 1944 y 1945, en los meses en los que Franco asiste al, para él, difícil final de la contienda; embajador de España en el nuevo centro de poder internacional, los Estados Unidos; primer representante permanente español en la ONU... El curriculum del

biografiado resulta ciertamente atractivo, y permite seguir la marcha de la diplomacia española en muy variadas pero también difíciles coyunturas internacionales.

José Félix de Lequerica, pese a no figurar en los manuales al uso como una de las personalidades de primer orden del régimen, es estudiado en la obra de M.^a Jesús Cava atendiendo a su real protagonismo histórico. Tiene en cuenta, además —y no es éste el menor valor de la obra—, toda su trayectoria vital. Profundiza, pues, en la compleja personalidad de quien fue considerado en la Francia de Vichy como «más alemán que los alemanes», que ha sido definido, también, como «el político más cínico del régimen» (Stanley Payne). Pragmatismo, pero, según sugiere la profesora Cava, también convicciones, adaptación a las circunstancias, tenacidad... en una personalidad cuya agitada vida política abarca los finales de la Restauración, la Dictadura de Primo de Rivera, la II República, la Guerra Civil y el primer franquismo, sin que en ninguna de estas fases tan distintas Lequerica permanezca al margen de los vaivenes políticos españoles.

Afronta M.^a Jesús Cava una empresa ciertamente ardua: la de escribir una biografía de un personaje que recorre fases notablemente diferentes. Profundiza, primero, en los orígenes sociales de quien llegaría a ser ministro del régimen de Franco. Sus años de estudios, su estancia en Londres, su aprendizaje político en las filas del maurismo y en el difícil monarquismo vizcaíno sirven, así, para comprender las raíces ideológicas y políticas de quien paulatinamente fue adquiriendo un mayor protagonismo histórico. Cabe destacar, en especial, la vivida reconstrucción que la autora ofrece del Bilbao de los años veinte, de la vida cultural, humana y política de una capital en la que florecen novedosas iniciativas con hondas repercusiones en toda España. El papel de Lequerica como diputado en Cortes, su periodismo combativo y su gestión como caracterizado empresario de la oligarquía vizcaína —que encuadra adecua-

damente al político— son, también, objeto de minucioso estudio.

«Con la llegada al poder del republicanismismo —afirma M.^a Jesús Cava—, fueron las Juventudes Monárquicas de Bilbao las únicas fuerzas que todavía dieron síntomas de resistir en el empeño reorganizador.» No pasa desapercibido en la obra el protagonismo que, en las derechas, seguía ejerciendo Lequerica: «el veía con amargo desengaño una derecha española poco preparada, de cultura superficial, aún más, llena de arcaísmos, desconocedora de las nuevas corrientes europeas conservadoras», escribe la autora, explicando así las actitudes antirrepublicanas de Lequerica, su actuación durante los años treinta y su posicionamiento durante la Guerra Civil.

Pero, sin duda, el mayor interés del libro está en el análisis de las casi dos décadas en las que Lequerica ostentó altos cargos de la diplomacia española. El pragmatismo de «un Lequerica confeso de franquismo» en Vichy y su gestión como Ministro de Exteriores entre agosto de 1944 y julio de 1945 nos presentan a un diplomático que, tras sus contactos con el Estado francés del Mariscal Pétain, inicia una nueva política exterior, intentando, según M.^a Jesús Cava, «lanzar diplomáticamente una desmitificación de los resabios fascistas atribuidos al Régimen».

No menor importancia tiene la narración de los primeros contactos de Lequerica con los Estados Unidos. Su labor como inspector de Embajadas, su actuación en la de Washington descubren, entre otras aportaciones, una estrategia diplomática en la que juegan un destacado papel los contactos privados de tipo económico en la negociación española con la potencia americana. En suma, la investigación —realizada a partir del estudio de una amplia documentación y de la consulta de numerosos archivos, tanto oficiales como privados, entre los que destacan los «papeles de Lequerica»— desvela significativos aspectos de nuestra política exterior. Por más que (pese a lo que el título sugiere) no se complete con un estudio general de

la diplomacia española, la obra aporta interesantes noticias para reconstruir la que desarrolló el franquismo durante sus dos primeras décadas.

Cabe lamentar, con todo, que en esta versión de la tesis doctoral de la profesora Cava no se hayan incluido conclusiones generales que faciliten al lector no especialista una visión más rápida y sintética de la evolución política de Lequerica. Ello no impide, sin embargo, la comprensión última de una evolución que arranca del Bilbao de la primera industrialización y que concluye a comienzos de los años sesenta. «Queremos evitar a todo trance el tópico en el que asome cualquier leve síntoma de panegírico, pero resulta evidente la importancia del papel jugado por el político bilbaíno en todo su periplo vital, y en la historia en la que se inscribe», resume la autora, que, ciertamente, se ha esforzado por conseguir que la biografía no se confunda con la hagiografía.

Elena Mariezcurrena

El pensament sociologic de Raymond Aron

María Montserrat Guibernau i Berdún

Pròleg de Josep Maria Alsina, Edicions Raima, S. A., Barcelona, 1988, 159 pàgs.

L

AS Memorias de R. Aron aparecieron casi inmediatamente después de su muerte (1983) y causaron un gran impacto, que se tradujo en una inusitada atención a este autor, hasta entonces muy poco conocido, del cual se publicaron por entonces muchos trabajos que lo hicieron llegar a un público más amplio. Era el comienzo, entonces apenas perceptible, de una época caracterizada por la valoración cada vez más creciente de

la libertad en la vida política, que ha culminado recientemente en unos cambios hasta hace muy poco insospechados. Poco antes, en 1980, había fallecido en olor de multitud y fervores su, en tantos sentidos, epígono, Jean Paul Sartre, quien en vida siempre le había superado en popularidad e influencia dentro de las esferas oficiales del mundo intelectual y político avalado por un pensamiento incuestionable; las cosas han dado hoy un cambio de tal calibre en esta relación que puede hablarse con razón de que Aron le ha ganado cumplidamente la batalla después de muerto.

Valga esta breve introducción para situar este trabajo de Montserrat Guibernau, cuyo punto de partida —que ocupa la primera parte del libro— es precisamente la filiación intelectual de Raymond Aron influenciado por el liberalismo de Tocqueville y opuesto al marxismo, especialmente a la corrientes representadas por L. Althusser y J. P. Sartre. La segunda parte es un análisis de los principales rasgos del pensamiento sociológico de R. Aron que nos introduce con sencillez y agilidad en el estudio de las sociedades industriales, vistas desde el triple prisma de la economía, la organización social y los sistemas políticos. Y la tercera está dedicada a las últimas obras del autor, incluyendo las suculentas *Memorias*, lo que proporciona al libro una dimensión creciente de actualidad cuando al hacer el análisis del momento se aventura en unas previsiones de futuro que los hechos de hoy mismo no han hecho más que confirmar.

A este respecto es importante reseñar que la extremada cautela con que en este libro se tratan los delicados temas de las relaciones entre los dos mundos, representados por los Estados Unidos y la URSS, puede parecer infundada por la rapidez con que se están desarrollando los cambios, pero en esto la autora no hace sino ceñirse a los textos del propio Aron, lo que en cualquier caso es una buena elección no sólo metodológica sino también estratégica, dado los riesgos importantes que todavía es

presumible tengan que correrse. Téngase en cuenta que las referencias históricas de estas tensiones están tomadas en la obra de ejemplos pertenecientes a un período especialmente difícil, como es el caso de la Guerra Civil Española, la Segunda Guerra Mundial y la misma Revolución Argelina; sin olvidar que el futuro de las reformas iniciadas con la famosa «perestroika» no está nada despejado en el tramo siempre espinoso de devolver las libertades (y no sólo las meramente políticas) a los pueblos que han carecido de ellas durante décadas.

Aron es, como su mentor principal Alexis de Tocqueville, un ferviente defensor de la democracia, convicción a la que llega como consecuencia de una profunda reflexión histórica y un análisis riguroso del momento actual; la democracia es, efectivamente, el régimen político que mejor puede garantizar la libertad de todos, pero existen unos riesgos —que en nuestra época no han hecho sino confirmar los fundados temores de Tocqueville— de los que conviene precaverse, entre los que destaca especialmente la posibilidad de que las mayorías tiranicen a los demás grupos sociales. Esto se evita estableciendo, en su opinión, un sistema político constitucional-pluralista en el que ninguna opción tenga posibilidades reales de imponerse a las demás. Su sistema político pone un énfasis especial en la condena de cualquier tipo de violencia, posición en la que el autor se desmarca expresamente de posturas marxistas, como la de Sartre, que llegan a consentir un cierto tipo de violencia justificada por la consecución de unos determinados fines en un futuro que no queda demasiado claramente determinado.

Frente al cambio de la sociedad por el procedimiento marxista de la revolución, R. Aron opta por el reformismo, en el que se incluyen los suficientes ingredientes de lucha, pero en el marco de unas reglas justas y en el que han de jugar un papel importante las instituciones. El reformismo deberá respetar prioritariamente las libertades individuales, pero no los privile-

gios de nadie, reduciendo la violencia a una lucha en un marco civilizado de normas cuya garantía de cumplimiento proporciona una estabilidad y unos resultados que alcanzan cada vez más a un mayor número de personas. Crece así el nivel de vida y la extensión del número de beneficiados, creándose una clase media que se convierte en el factor mayoritario de la población. El futuro de las sociedades industriales viene precisamente definido por la manera como esta nueva dimensión de la sociedad haya de comportarse. Aron apunta no sólo al crecimiento de éstas y al aumento de bienestar, sino también al riesgo de que este nuevo sector mayoritario de la nueva sociedad industrial pueda convertir, manipulado convenientemente, la democracia en una tiranía de la mayoría.

En este libro, escrito al hilo del pensamiento de Aron, se da una gran importancia a las opciones que este autor elaboró frente a la poderosa competencia que en los años sesenta significó el marxismo, en unos momentos en que de lo que se hacía en La Sorbona sólo se prestaba atención a las propuestas que formulaban Sartre y Althusser, hoy totalmente olvidados. Pero este importante inconveniente probablemente afectó a la orientación de las investigaciones del autor, que adolecen de una cierta ambigüedad respecto a los valores que defiende. Monserrat Guibernau hace especial mención de esta ambigüedad cuando comenta el texto de que «la libertad ha de estar sometida a la Verdad» sin que se especifique con claridad en qué consiste esta Verdad con mayúsculas. En mi opinión, no habría que buscar tanto en los textos de los años sesenta —donde un liberal como Aron tenía que debatirse entre dos frentes contrapuestos sin dejarse arrastrar a ninguno de ellos—, como en algunos de los que el autor nos dejó en sus *Memorias*, donde existen buenas razones para pensar que en su obra sí hay, en efecto, una concepción antropológica coherente. El libro de Montserrat Guibernau nos proporciona suficientes indicios de su pensamiento, para que el lector

pueda encontrar por sí mismo aquella interpretación que la autora parece echar de menos. Se trata de un estudio introductorio de calidad que, a buen seguro, incitará a un buen número de lectores a consultar algunos de los textos que se ofrecen en la bibliografía que se acompaña al final de la obra, redactada en catalán y prologada por una interesante reflexión del profesor José María Alsina.

Francisco López Frías

La función actual de las Fuerzas Armadas españolas

Miguel Alonso Baquer

Estrategia para la defensa. Los elementos de la situación militar en España. Instituto de Estudios Económicos, 1988. 280págs. - 1.500 ptas.



L ingreso de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y su reciente incorporación a la Unión Europea Occidental (UEO), además de su condición de aliado de los Estados Unidos, confieren una renovada actualidad al problema, por lo demás siempre presente, de los cometidos que deben asignarse a las Fuerzas Armadas españolas. Estas consideraciones adquieren en nuestros días un interés añadido, debido al clima de distensión internacional, que ha posibilitado la reducción de los arsenales nucleares de las grandes potencias, con el consiguiente mayor protagonismo atribuido a los armamentos convencionales, lo que parece reforzar el valor geoes-tratégico de la Península Ibérica y de los archipiélagos adyacentes y obliga a replantearse la función de nuestros Ejércitos desde nuevas coordenadas, en el marco de los

compromisos contraídos con nuestros aliados.

A pesar de la evidente importancia de estas cuestiones no abundan los estudios concebidos con la intención de debatir ante el público, en términos claros y comprensibles, nuestra realidad castrense y las repercusiones de todo tipo —entre ellas, y muy en primer término, las presupuestarias— que implica la necesidad de dotar de medios eficaces a nuestros dispositivos estratégicos.

En este sentido, merece saludarse como un hecho en sí mismo positivo la publicación de esta obra, avalada por el prestigio de su autor, General de Brigada, adscrito a la Secretaría Permanente del Instituto Español de Estudios Estratégicos del Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional, Doctor en Filosofía y Letras y especialista en Sociología Política, es decir, hombre singularmente capacitado, por su doble vertiente de formación humanista y castrense, para llevar a buen término lo que él mismo considera debería ser una importante preocupación de los tratadistas militares; a saber, ayudar a la sociedad civil a comprender qué modelos de Fuerzas Armadas se necesitan y por qué. En este apartado tiene su lugar propio el análisis del problema —tan vivamente debatido entre las diversas formaciones políticas— de las ventajas y los inconvenientes de sustituir el tradicional servicio militar obligatorio por un Ejército profesional.

Como punto de partida de sus reflexiones, Baquer señala que las

necesidades defensivas de un país vienen condicionadas y determinadas en muy buena parte por la situación de su territorio, y en especial de su perímetro exterior. En nuestro caso concreto, la geografía hace de la Península Ibérica *apéndice* de Europa, *flanco* del Mediterráneo, *puerta* de África y *punto* de América. De estas distintas situaciones se derivan otros tantos deberes de control y vigilancia de espacios de vital importancia para garantizar la seguridad del país frente a hipotéticos adversarios exteriores.

Aparte este objetivo obvio y directo, cada una de las alianzas militares de que forma parte España tiene sus propias prioridades, no siempre coincidentes entre sí y con posibles focos de tensión muy alejados de nuestras fronteras nacionales.

Es evidente que la acumulación simultánea de todos estos deberes, que obligaría a garantizar, al mismo tiempo, por el Norte la infranqueabilidad de los Pirineos, por el Este la libre circulación por las aguas del Mediterráneo, por el Sur el control de los accesos al Estrecho de Gibraltar y por el Oeste la libertad de movimientos aeronavales atlánticos, desborda ampliamente las posibilidades reales de nuestros Ejércitos. De hecho, anota el autor, ni siquiera en los momentos de máxima capacidad militar española, en los siglos xvi y xvii, pudo España irradiar con eficacia su poder en los cuatro escenarios.

Es, pues, patente la necesidad de fijar prioridades respecto de las

misiones que deben desempeñar nuestros Ejércitos y determinar, en consecuencia, la clase de armamento de que es preciso dotarles y la formación profesional que deben recibir sus mandos.

Esta fijación de fines y prioridades no es incumbencia del estratega, sino de otras instancias de la sociedad. La misión del militar profesional consiste en elegir con acierto, de entre el arsenal de medios de que dispone, aquellos que con mayor eficacia y menor desgaste de hombres y material le permiten alcanzar las metas que le han sido señaladas. Con esta salvedad, Alonso Baquer estima que en la lista de objetivos debe figurar muy en primer término el control y defensa de la zona Canarias-Gibraltar-Baleares, ya que en ella confluye el mayor número de intereses nacionales.

El estudio del autor aborda también el espinoso problema de la capacidad operativa real, en estos momentos, de las Fuerzas Armadas españolas. En este apartado, denuncia el excesivo envejecimiento de los materiales (sobre todo en el Ejército de Tierra y en la Armada) y la urgente necesidad de su renovación.

El libro se cierra con dos índices, el primero de ellos onomástico y el segundo —singularmente valioso— analítico, donde, como maduro fruto de sus años de docencia, Baquer acierta a dar muy claras y afortunadas definiciones de un gran número de conceptos político-militares.

Marciano Villanueva Salas